

MUSEO UNIVERSAL

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis mese 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tresmeses 1.800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 3.

Enero 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50; —Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

CRÓNICA.

El oro, el mar y la política.—Las elecciones y el sufragio universal.—El frio.—Los teatros y los salones.—Temblor de tierra en Barcelona.—Rochefort y la celebridad en el siglo XIX.—Paris liberal.—Los últimos momentos de Troppman.—Asuntos varios.

¡Oh, bienaventurado Guttenberg! ¡Qué ajeno estabas—perdóname que te tutee—qué ajeno estabas al inventar la imprenta de que, andando el tiempo, apareceria en *La Correspondencia de España* y en los demás periódicos una noticia capaz de embelesar, lo mismo en las ciudades bulliciosas, que en las pacíficas aldeas, al político bullanguero, al solapado avaro, al viejo y al jóven, á la doncella de quince abriles y á la dama cotorrona!

Esa noticia, amable lector, ha sido aquella que recuerda usted, sin duda alguna, relativa á las esploraciones submarinas que algunos buzos, contratados por una empresa, están haciendo, para encontrar los tesoros que, con las galeras que venian de América, fueron echadas á pique en la bahía de Vigo.

—Comprendo, se habrán dicho los modernos filósofos de catorce ó quince años, que la civilizacion llame bárbaros á los tiempos en que las naciones echaban á pique los tesoros; hoy es otra cosa; hoy se puede vivir; hoy los tesoros echan á pique á las naciones.

Esto, por desgracia, es una triste verdad; pero como estoy hablando de galeones cargados de oro, no puedo entristecerme aunque quisiera.

No hay, sin embargo, dicha completa: la alegría producida en todas partes por la noticia del éxito de los trabajos submarinos, tan natural, tan lógica, porque una parte de los tesoros han de caer en las arcas del Estado, y el Estado, próspero entonces, ni contratará empréstitos, ni cobrará contribuciones anticipadas, ni descontará el 10 por 100 á los



DON EUGENIO MONTERO RIOS.—Ministro de Gracia y Justicia.

empleados, y pagará los intereses de la Deuda con desahogo; esta alegría, repito, la ha acibarado la política.

—No crean ustedes eso, han dicho en los inofensivos pueblos que se preparaban á llenar las vacantes de la Asamblea los enemigos de los candidatos ministeriales: la noticia se ha divulgado para quitar fuerza á las oposiciones. Las barras de plata y de oro serian la panacea del gobierno, el país creeria en él y le daria representantes sumisos y bonachones.

No es posible llevar más allá el espíritu de oposicion.

Es positivo, sin embargo, que llegaron á la bahía de Vigo doce ó trece galeones cargados de oro y plata, y que el jefe de aquella escuadra los echó á pique, prefiriendo que el mar tragase aquellas riquezas, á que las usurpasen los enemigos que amenazaban á la escuadra; es positivo tambien que se ha formado una sociedad para arrancar al mar estas riquezas, que de nada le sirven y pueden hacer dichosos en la tierra á algunos mortales, y lo es, por último, que, aprovechando aparatos que revelan los adelantos de la ciencia, han comenzado los buzos tan arriesgada esploracion, con buen éxito hasta ahora, lo cual es una alegría para el gobierno, por el tanto por ciento de beneficio que esta operacion financiero-submarina ha de reportarle, y una esperanza para los que están interesados en que el presupuesto de ingresos se ponga de buen año.

Pero no por eso han dejado los enemigos de la situacion de aprovechar la coyuntura de disuadir á los ilusos.

El resultado de las elecciones que se han verificado estos dias, es un dato elocuente de las hondas divisiones que los partidos tienen abiertas en España.

En Madrid, á Dios gracias, los electores han podido considerarse bajo dos aspectos: los indiferentes y los disciplinados.

Más de treinta mil electores se han dicho:

—¿A mí quién me manda meterme en nombrar diputado? lo mismo son unos que otros. Pago contribucion á los negros y á los blancos: cuando me toca el turno, por la puerta ó por la alcantarilla me roban, aunque contribuyo á sostener una ronda subterránea y un cuerpo de agentes de órden público; antes pagaba los consumos al gobierno, y ahora se los pago á los vendedores, y por añadidura tengo en espectativa el pago de unos cuantos arbitrios. Además, si voy al colegio electoral, puedo adquirirme enemigos entre los de mi barrio: á un mismo tiempo me darán la candidatura monárquica, tradicionalista y la republicana: si pudiera echar las tres en la urna, pase; ¿pero cómo echo una y guardo dos sin que me vean los individuos de la mesa y los muñidores del barrio?... Nada... nada... en casita, y que se las arreglen como puedan los que lo han enredado.

Mentira parece que se hayan derramado en lo que va de siglo mares de sangre, que se hayan gastado millares de quintales de pólvora y de balas, para conquistar el sufragio universal, y que al tenerlo lè miren con indiferencia la mitad de los españoles.

Lo mismo sucede á los niños con los juguetes: mientras los ven en el escaparate de un bazar ó en poder de otro párvulo, los codician, lloran por ellos y son capaces de hacer una diablura por alcanzarlos; pero en cuanto los tienen, ó los desprecian, ó los rompen, haciéndose acreedores, como los electores indiferentes, á unos cuantos azotes.

Entre los que votan, los suele haber que más valiera que no votaran.

—Buenos dias, maestro, preguntan á un honrado industrial... ¿por quién va usted á votar?

—No lo sé todavía.

—Vote usted al candidato del gobierno.

—Si me diera un destinillo para mi yerno...

—Eso es difícil.

—Entonces voy á votar por los republicanos.

—¿Pero no es usted monárquico?

—Sí, señor, ya se ve que lo soy: como que calzaba al príncipe Adalberto... ¡vaya un pié que tenia! media vara justa; pero el candidato de los monárquicos no me gusta: vivió algun tiempo cerca de mi casa, y no me saludaba al pasar; y el de los republicanos hizo un dia en un teatro casero un papel en una comedia, y me gustó tanto, que le voy á dar mi sufragio.

Otro señor, que hace dos meses formaba parte de un club terrorista, vota por los monárquicos, porque le han dado un destino y se ha hecho conservador.

—Sin órden, dice á todo el mundo, no hay libertad.

Por último, otro de los tipos del elector va á describírnoslo una fresca y rolliza tabernera, que el dia primero de las elecciones decia á uno de sus parroquianos:

—¿Ha votado usted ya?

—No.

—Pues vote usted y no haga lo que mi difunto marido, que esté en gloria.

—¿Qué es lo que hacia el señor Colás?

—¿Qué habia de hacer?... iba á votar y preguntaba: «¿Quién tiene mayoría?»—Fulano, contestaban.—«Pues por ese voto yo.»

En Madrid han trascurrido pacíficamente las operaciones electorales: no ha pasado lo mismo en algunas provincias, en donde ha habido tiros, escaramuzas, abusos, coacciones, etc., etc.

¡Pobres pueblos! Si los comerciantes españoles fueran tan hábiles como los franceses, llevarian telas de luto á los pueblos próximos á votar diputados.

El negocio seria seguro.

Pero consolémonos: mientras por esas provincias de Dios la política hace de las suyas, en Madrid se divierte la elegante sociedad acudiendo al lago que ha mandado formar en el Retiro nuestro bondadoso ayuntamiento, á ver patinar á los más distinguidos jóvenes de la aristocracia española.

El frio que interrumpe las vías, que mata en las montañas á los pastores, que condena á la más espantosa miseria á los pobres de las aldeas y de los despoblados, apenas desciende del Guadarrama y entra en la ex-córte, adula á los afortunados, conquista al ayuntamiento, inspira á los jóvenes el espíritu de asociacion, forma el veloz-club, lleva á las bellas madrileñas al Retiro, y les ofrece el espectáculo de las rápidas carreras sobre el hielo de los más apuestos dandys, carreras que terminan á veces con un gracioso resbalon, resbalon que hace asomar á los lábios de las elegantes espectadoras una sonrisa encantadora.

Por las noches, actores y espectadores de esta comedia, que podemos titular *El Frio*, se reparten en el *Teatro Español*, en los *Bufos*, en *Lope de Rueda* ó en la *Opera*.

No pocos acuden á los brillantísimos salones de la Regencia; estos dias, sin embargo, permanecen cerrados, para quitar á los padres de la *pátria* un pretesto de no asistir á la Asamblea á discutir los presupuestos de su *hija*.

Por último, de vez en cuando se abren otros salones, y allí, deslumbrados los ojos por el resplandor de millares de bujías, fascinada la imaginacion por el lujo, la riqueza y la hermosura que presentan las damas, tienen derecho los afortunados que asisten á estas fiestas para creer que viven en un país organizado, tranquilo y venturoso.

No sucede lo mismo á los que, deseosos de hacer un saludable ejercicio, salen á pasear los domingos por los alrededores de Madrid, y especialmente por las Vistillas.

Es lo más fácil ir á buscar el sol y ver las estrellas.

Con efecto; los jóvenes habitantes de aquel populoso barrio, no pudiendo tomar parte todavía en las luchas políticas, se ensayan: declaran la guerra durante la semana á los jóvenes de otros barrios, se citan para los domingos, se proveen de piedras y arman batallas, de las que resultan muchos descalabros, algunos por equivocacion.

Creo que seria muy útil para esos belicosos jóvenes que la autoridad evitase sus desahogos; porque si bien es cierto que disfrutamos de muchas libertades, sospecho que podemos pasarnos sin la libertad de romper la cabeza á los que salgan á tomar el sol los domingos y acierten á pasar por las Vistillas.

No es solo en Madrid donde vivimos un si es no es espuestos: nuevas y abundantes nevadas han interceptado estos dias algunas líneas férreas, han impedido á algunos electores montañeses ejercitarse en el sufragio, y, por último, en Barcelona se ha esperimentado un temblor de tierra, que puso en cuidado, no sin fundamento, á los honrados y laboriosos habitantes de aquella hermosa ciudad.

Nada diré de los robos que se han cometido recientemente en Madrid; pasan de diez ó doce los que se han llevado á cabo en los cuatro dias que han seguido al anuncio de la llegada de un tercio de la guardia civil, destinada á limpiar la descoronada villa de salteadores.

Yo presumo que este crecido número de casos habrá obedecido en los ladrones á la idea de aprovechar el tiempo antes de que les quiten la ocasion.

En Ávila, en la pacífica ciudad de Ávila, ha tenido lugar un drama, que sin las elecciones, que han absorbido la atencion de todos, hubiera despertado una inmensa curiosidad.

En la esquina de la plaza de Santo Tomé, fué hallado un cadáver en la noche del viernes último.

Por el traje pareció al pronto un hombre: poco despues se hacian grandes comentarios, porque se supo que el muerto era una mujer disfrazada con traje masculino, y por añadidura, esposa de un empleado muy conocido en la poblacion.

Nada puedo añadir á estos datos: los tribunales buscan la clave de este enigma, y debemos esperar á que la encuentren.

Ya que de enigmas hablo, permítame el lector que califique de enigmática la situacion actual, sobre todo despues de las declaraciones hechas por el jefe del gabinete, con motivo de la proposicion formulada por los republicanos pidiendo á la Asamblea la esclusion de todos los Borbones para el trono.

Y por cierto que esta sesion fué animada en estremo: desde las seis de la mañana habia gente esperando á que se abriese la tribuna pública. Empleados, banqueros, señores, señoritas, todo Madrid salió de sus casillas y renunció al hermoso sol que hacia, por asistir á la dramática sesion en que Castelar iba á poner en un aprieto al ministerio.

Yo no asistí; pero pasé por delante del palacio de la representacion nacional al mismo tiempo que dos ancianos.

—Qué animacion hay esta tarde, dijo uno de ellos.

—Ya se conoce, contestó el otro, que no van á tratar de presupuestos.

Esta frase es una sentencia y una verdad.

—Los presupuestos, que entrañan, por decirlo así, nuestra fortuna, nuestro bienestar, ¡qué importan! Lo que interesa es ver cómo se pone en un conflicto á un gobierno, cómo se obliga á decir al jefe de un gabinete:

—Somos ocho ministros, y entre los ocho tenemos tres opiniones sobre la cuestion de rey, lo cual prueba que no es, ó por lo menos no debe ser, cuestion de gabinete, puesto que si lo fuera, lo que hablamos en los consejos se pareceria á la música de Wagner, que no la entiende ni su mismo autor. De los ocho, uno, y ese soy yo, opina que el rey que debe venir á España, es el que elija la mayoría de la Asamblea; otro, que es el señor Topete, cree que el mejor candidato es el duque de Montpensier, y los seis restantes no creen nada.

Estas elevadas palabras, traducidas al lenguaje vulgar, al lenguaje de los simples mortales, quieren decir:

—¡Oh! vosotros los que esperábais ver en breve constituido el país, renunciad por ahora á ese artículo que creeis de primera necesidad, y que no es, ni más ni menos, que artículo de lujo; renunciad, comerciantes, á poner en vuestras muestras proveedores de S. M... X,—pongo X porque es la incógnita;—pasad el año 70 como habeis pasado el 69, que francamente, no se ha pasado del todo mal. El dia en que queramos soluciones definitivas, habrá disensiones, habrá luchas, ¡y la paz es tan hermosa!

Declaro que, por mi parte, juzgo este modo de pensar muy cómodo y muy prudente; pero tambien declaro, que si continuamos mucho tiempo así en el aire, vamos á oscurecer la fama de Leotard los españoles.

No hay mejor medio de consolarse cuando uno sufre, que tender los ojos en torno suyo: de suguro halla uno desdichas más grandes que las que esperimenta.

No vayamos á Rusia, donde la enfermedad del czar es una amenaza al actual órden de cosas en aquel país; no vayamos á Austria, donde los Estados que forman el imperio viven como vecinos de mal humor; en Francia mismo tenemos el consuelo que necesitamos.

En la capital del mundo civilizado se ha enredado de tal modo la madeja, que va á ser necesario cortarla.

Todas las formas, mejor dicho, todos los matices de la democracia, luchan con todas las sutilezas del imperio.

Y, sin embargo, yo, acá para entre nosotros, he llegado á figurarme una cosa. Voy á decirla en confianza.

En mi opinion, Napoleon conoce á los franceses.

—La monotonía les mata, se ha dicho; llevan ya muchos años de gobierno personal; necesitan mudar de horizontes, y son capaces por la novedad de hacerse socialistas hasta los más ricos propietarios. ¿Qué hacer? Una cosa muy sencilla: alterar su monotonía. Vamos á dar un poquito de libertad á los bullangueros: alborotarán; todos los que tienen algo que perder se llenarán de pavor; volverán los ojos á mí; me haré de rogar, y los mismos ciudadanos aburridos me prestarán su ayuda para atacar á los revoltosos.

Este cálculo puede salir bien y salir mal: de cualquier modo, es jugar con fuego.

Yo creo que entre la libertad y la licencia hay un límite que jamás traspasan los pueblos bien educados, los pueblos sensatos.

Y fomentar la licencia para hallar un pretesto de quitar la libertad, es una operacion que requiere... no habilidad, sino un para-caidas.

El mejor consejero de los reyes es la buena fé.

Querria para terminar esta crónica decir algo agradable.

Nada más fácil, volviendo los ojos á Cuba.

Las últimas noticias indican que el ramo de oliva empieza á fructificar al lado de las palmeras y de las cañas.

Con efecto, la paz se estiende por aquel rico territorio y todo hace creer que la lucha quedará en breve terminada.

El gobiermo ha premiado los servicios del ilustre conde de Balmaseda. Este bizarro general ha conquistado una fama europea, y cuando venga por España, que debe venir, el entusiasmo público hará justicia á sus relevantes cualidades.

Tengo todavía que condensar aquí algunas noticias agradables.

Madrid se anima.

En el Ateneo asiste numerosa concurrencia á escuchar las lecciones del señor Camus sobre los *Humanistas españoles del Renacimiento;* del señor Labra sobre *Política y sistemas coloniales;* del señor Salazar sobre la *Exposicion del sistema solar.*

En la Academia de Jurisprudencia discuten los jóvenes abogados con gran brillantez la teoría de los derechos individuales.

La Academia de la Historia se reune el domingo para dar posesion de su plaza al estudioso don José Godoy Alcántara, á quien contestará el señor Cánovas del Castillo.

La Sociedad de Cuartetos y las Conferencias para la educacion de la mujer, se reparten los domingos lo más escogido de la sociedad madrileña.

El domingo se verificará una gran revista militar.

Y por último, se preparan representaciones dramáticas en el palacio de la duquesa de Medinaceli, en casa de los condes de Vilches, en la del señor Escosura, y hay magníficos saraos los lunes en los salones de los condes de Superunda, los jueves en los de los marqueses de Morante, y se anuncian nuevos bailes y nuevas diversiones.

¿Qué más podemos pedir á una ex-córte?

—Basta lector... no hable usted más, nos hemos comprendido.

JULIO NOMBELA.

DON EUGENIO MONTERO RIOS.

¿Quién es Montero Rios? ¿Cuál es su historia? ¿Cuáles sus merecimientos? ¿Qué estrella venturosa le ha conducido al alto puesto que hoy ocupa en el gobierno del Estado? ¿Debe su encumbramiento á la intriga y al favor, ó le ha conquistado á fuerza de perseverantes estudios y repetidas pruebas de capacidad y de gran mérito?

Esto se han preguntado muchas personas al saber su reciente nombramiento para desempeñar la cartera de Gracia y Justicia, y nosotros vamos á satisfacer la curiosidad de los que no han tenido ocasion de apreciar el talento de este hombre que aparece en el mundo oficial, sin haberse cuidado de mostrar á las gentes su honrosa y envidiable historia.

Los hombres de ciencia suelen ser modestos, pues abstraidos en sus investigaciones filosóficas, y consagrados al estudio, se ocupan muy poco de la publicidad de sus triunfos, no empleando su tiempo en crearse las reputaciones artificiales que rodean á los intrigantes y á los afortunados. Pero en vano pueden ocultarse los destellos de la inteligencia, porque el hombre de talento que logra hacerse dueño de la divina antorcha del saber, no puede vivir oscurecido, ni renunciar al privilegio de anticiparse á los demás para servirles de guia en la indefinida senda del progreso humano.

Estas consideraciones pueden aplicarse á don Eugenio Montero Rios, estudiante de leyes, abogado, doctor, catedrático, diputado, jefe de la subsecretaría de Gracia y Justicia, y últimamente ministro del mismo departamento.

La historia de sus ascensos es honrosísima, no se funda en los favores ni en la proteccion de los poderosos, sino que representa una série de estudios, de trabajos literarios, de pruebas difíciles, al mismo tiempo que de vigilias, afanes y contrariedades.

Hé aquí algunos apuntes biográficos del eminente jurisconsulto, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros favorecedores.

Don Eugenio Montero Rios, nació en Santiago de Galicia en el mes de noviembre de 1832. Su padre, honrado y modesto notario de aquella ciudad; al dirigir la educacion de su hijo, halló en él desde sus primeros años un despejo y una precocidad nada comunes. Aprovechando tan felices disposiciones, le dedicó, despues de cursada la filosofía en la Universidad de Santiago, á la carrera de jurisprudencia, en la que comenzaron los triunfos del aventajado estudiante.

Todos los premios ordinarios que se dieron en aquella Universidad durante los años de su carrera, fueron ganados por el jóven Montero Rios, obteniendo tambien *á mérito* los grados de bachiller, licenciado y doctor, con lo que economizó á su familia los gastos de una carrera tan larga como dispendiosa.

Estos hechos bastan por sí solos, para dar una idea ventajosísima de su talento y aplicacion, y no necesitan comentarios.

Como estudiante escedió el señor Montero Rios á todos sus condiscípulos, consiguiendo cuantas distinciones y recompensas podian otorgarse al cursante más aprovechado.

No terminaron aquí triunfos universitarios, pues habiendo vacado la cátedra de disciplina eclesiástica de la Universidad de Oviedo, hizo oposicion con otros doce aspirantes á la misma cátedra, consiguiendo una verdadera victoria que le valió el título de catedrático y los plácemes de cuantos tuvieron ocasion de reconocer su indisputable mérito.

Las campañas científicas eran ya para él brillantes empresas en las que se apoderaba de todos los laureles, sobreponiéndose siempre á sus más doctos competidores.

Trasladado á la cátedra de disciplina eclesiástica de la Universidad de Santiago en virtud de permuta, inauguró sus tareas profesionales con una Memoria en la que esponia y desarrollaba de un modo claro y filosófico la doctrina sobre el *ultramontanismo* y *cismontanismo*, estudio notabilísimo que no solo correspondió á la historia literaria de su autor, sino que le dió gran reputacion entre los hombres de ciencia, y muy especialmente entre los catedráticos de aquella Universidad que se congratulaban de tener por compañero á un jóven que tan relevantes pruebas daba de la profundidad de sus estudios y de la rectitud de su criterio.

Naturalmente, los partidarios de la escuela ultramontana no recibieron con aplauso al trabajo científico en que Montero Rios les argüia; mas las censuras que sobre él recayeron, fueron otras tantas pruebas de la importancia de su discurso.

Cuatro años esplicó en Santiago la cátedra de disciplina eclesiástica, hasta que el Real Consejo de Instruccion pública le propuso por *unanimidad de votos* para la cátedra de derecho canónico de la Universidad central, de la que tomó posesion y cuya propiedad conserva todavía.

Omitiendo la relacion de otros trabajos científicos y literarios que en notables publicaciones han confirmado más y más la gran reputacion del ilustrado catedrático; prescindiendo tambien de los discursos, defensas y decisiones del abogado, precisas consecuencias de su talento y acertado criterio, podríamos terminar aquí estos apuntes biográficos del señor Montero Rios, en la seguridad de que su historia científica bastaría á legitimar el justo elogio que de ella hacemos; elogio que nadie podrá calificar de lisonjero ni de apasionado, porque se fundan en hechos que no admiten apreciaciones, ni han menester nuestros aplausos para ostentar su mérito.

Pero aun figura Montero Rios como hombre político, como defensor de la libertad y consecuente partidario del progreso.

La primera vez que le vemos figurar en el campo de la política, es en la época de su residencia en Santiago de Galicia, siendo catedrático de aquella Universidad. El partido progresista hallábase á la sazon desorganizado y perseguido, y él fué quien tomó á su cargo su reorganizacion en aquella provincia, esforzándose al efecto para formar un comité que le nombró su presidente. Y como si no bastaran los trabajos que emprendiera para difundir la idea liberal entre sus paisanos, fundó un periódico que con el título de *La Opinion pública*, dirigió y redactó con el talento y discrecion que le son peculiares.

Trasladada despues su residencia á Madrid, continuó tomando parte en las luchas políticas con el mismo celo, con la misma fuerza de convicciones, é inspirado siempre por el generoso sentimiento que impone á los hombres honrados el deber de sacrificarse en aras de la pátria.

Por aquel tiempo fijábase la atencion de los lectores del periódico *La Iberia* en una série de artículos magistral y elegantemente escritos, en los que con enérgica frase y correcto estilo tratábanse importantísimas cuestiones y se sostenian interesantes polémicas.

¿Quién era el autor de aquellos notables artículos que merecian repetidos aplausos, siendo á la par objeto de severas impugnaciones?

Montero Rios, el estudiante de la Universidad de Santiago, el opositor de la cátedra de disciplina eclesiástica de Oviedo, el afamado canonista, el redactor de *La Opinion pública*, el mismo, en fin, que ganara tantos triunfos en los certámenes científicos, donde tantas veces probó su aplicacion y sus profundos conocimientos.

Agitábase entonces en el mundo político la cuestion sobre la infalibilidad del Papa: Montero Rios habia consignado en *La Iberia* sus opiniones, dando lugar á que el arzobispo de Santiago, no pudiendo permanecer indiferente ante las encontradas opiniones de la prensa, tomase parte en la lucha para impugnar con el poder de su talento las ideas vertidas en el periódico liberal.

Montero Rios fué el mantenedor de este combate, y la polémica entablada entre tan ilustres competidores fué comentada por los periódicos de distintos matices é hizo época en los anales del periodismo.

Triunfante la revolucion de Setiembre de 1868, se presentó candidato á la diputacion á Córtes por la circunscripcion de Pontevedra: 25,000 votos le concedieron el honor de representar á los electores de la provincia, con la particularidad de ser él el primero de los cinco diputados que fueron elegidos por la misma circunscripcion; pues tambien en aquella lucha le apoyaron sus altos merecimientos.

Tambien, habiendo sido presentado candidato á la diputacion por los comités progresista y democrático de Santiago, obtuvo 14,000 sufragios á pesar de que habia retirado su candidatura.

El diputado por Pontevedra ha formado parte en el Congreso, de la comision nominadora de la mesa, y despues de la comision de Constitucion. Con este motivo la Cámara popular escuchó sus elocuentes discursos que la prensa á su vez comentó con elogio.

El mérito tantas veces acreditado de Montero Rios, le elevó al puesto de subsecretario del ministerio de Gracia y Justicia, y hoy el distinguido catedrático es ministro del mismo ramo. Los que conocen su gran capacidad y la historia de sus merecimientos abrigan fundadas esperanzas de que no ha de faltarle acierto para corregir los vicios de nuestra legislacion ya que tan competente es para el desempeño del elevado puesto que ocupa.

No terminaremos esta ligera reseña biográfica sin añadir cuatro palabras acerca del carácter de Montero Rios.

El aprecio que le profesan las personas que le tratan, bastaría para significar las grandes simpatías de que goza en la sociedad. Por nuestra parte podemos decir que hay cortesanía y amabilidad en su conversacion; profundo saber en el esceso de su modestia, y la bondad de sus sentimientos en esa llaneza espontánea que no tiene nombre, pero que descubre desde luego el fondo de los corazones.

Y por si no hemos acertado á retratarle, citaremos para concluir, un hecho en que él mismo se ha retratado.

No hace mucho que un escritor fué á visitarle con el objeto de pedirle algunos datos para escribir su historia en un artículo biográfico.

—«Usted viene equivocado» le contestó Montero Rios con la mayor naturalidad. «Yo no tengo biografía. No soy más que un español.»

Montero Rios solo falta á su modestia cuando considera que ha nacido en el seno de nuestra amada pátria.

F. G. CUEVAS.

TOMA DE POSESION

DE LOS TERRENOS DE LA CIUDADELA DE BARCELONA.

Esta ceremonia se celebró el dia 28 del último diciembre.

A la una se reunieron en las Casas Consistoriales la Diputacion provincial presidida por el señor gobernador de la provincia, la Audiencia, el Claustro universitario, la Junta provincial de Agricultura y Comercio, algunos representantes de la Marina de guerra, los alcaldes de barrio, algunos veteranos y varios oficiales del batallon franco de Cataluña y los del de milicianos cazadores de Barcelona. Poco despues de la una y media se puso en marcha la comitiva, que no era muy numerosa, abriendo paso siete guarnias municipales de caballería vestidos de gala, y siguiendo las corporaciones invitadas por el órden inverso al que van continuadas en el presente relato. Entre la Diputacion provincial y el Ayuntamiento, presidido éste por el señor ministro de Gracia y Justicia, marchaba la banda de música municipal tocando himnos patrióticos. Cerraba la marcha una compañía del batallon de milicia cazadores de Barcelona.

Esta procesion cívica se dirigió por las calles de Jaime I, Platería, Espadería y Plaza del Comercio á la Ciudadela, en cuyos glacis se hallaba el capitan general con el segundo cabo con su estado mayor y los demás convidados á dicha ceremonia. Tambien habia un batallon de infan-

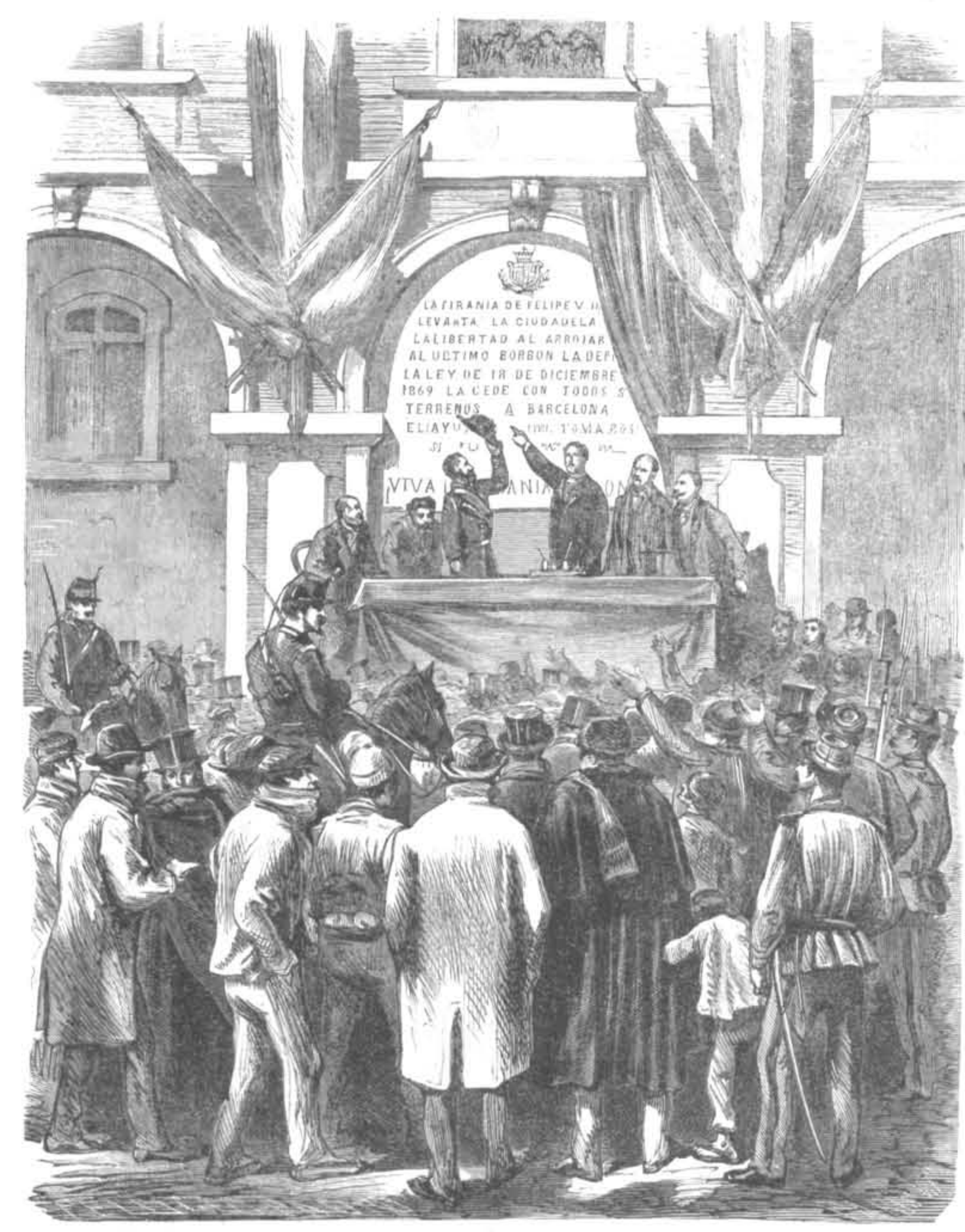
teria y una seccion de lanceros. La guardia de la Ciudadela se habia formado á la puerta para impedir la entrada á las personas que no eran de la comitiva; más al poco rato de haber principiado ésta á entrar, los espectadores se mezclaron con las personas invitadas y los soldados de la guardia apuntaron las bayonetas para impedir la entrada, faltando poco para que aquella cortísima confusion no causara alguna desgracia aun á los mismos convidados. Despues de haber entrado todos, el señor ministro de Gracia y Justicia ocupó el sillon que se le habia destinado en el pequeño tablado que se levantó delante del pórtico, en uno de cuyos arcos se habia colocado la lápida conmemorativa. A su derecha se sentó el señor Gaminde y á su izquierda el señor Soler y Matas, ocupando otros asientos el general Baldrich, el gobernador de la provincia, el vice-presidente de la Diputacion provincial y alguna otra autoridad. Desde el sitio indicado hasta cerca del centro de la plaza, se formó una especie de cordon de cazadores de á caballo, á fin de que el público no molestara á los convidados, pues el capitan general dispuso que el oficial de guardia permitiese la entrada de la gente que aguardaba en los glacis.

Levantóse primero el señor alcalde y manifestó á los concurrentes, que el objeto de aquella ceremonia era ratificar la toma de posesion, por el municipio, de la Ciudadela de Barcelona, concedida al pueblo catalan por las Córtes Constituyentes, y que el señor ministro se serviria descorrer, por su mano, el pabellon nacional, que cubria la lápida, «que trasladará, dijo, á los siglos venideros la obra de la Junta revolucionaria y la de las Córtes Constituyentes.

Descorrióse la cortina y el señor alcalde dió un viva á la soberanía nacional, otro al señor Ruiz Zorrilla y otro al gobierno, que fueron contestados por los espectadores.

El señor ministro dirigió en seguida la palabra á la concurrencia y terminó dando una viva á la libertad, otro á la soberanía nacional y otro al pueblo siempre liberal de Barcelona, que fueron contestados por el concurso. La música tocó el himno de Riego y la comitiva se puso otra vez en marcha hácia las Casas Consistoriales, pasando por la calle de Cádiz, antes de la Princesa.

Una vez llegados al Salon de Ciento, y ocupando los sitios señalados, el señor Rios y Taulet, en nombre del Ayuntamiento, dió las gracias al entonces ministro de Gracia y Justicia, autoridades, corporaciones y demás personas que le habian acompañado en el acto que acababa de tener lugar, cuya importancia encareció, y se levantó la sesion.



BARCELONA.—Toma de posesion de los terrenos de la Ciudadela.

LA ERMITA,

PALACIO DESTINADO Á MUSEO DE PINTURAS EN SAN PETERSBURGO.

Bajo el brillante reinado de Catalina II, en esa época en que las ciencias y las artes fueron en Rusia objeto de la más entusiasta proteccion por parte de su gobierno, fué edificado el palacio, cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores.

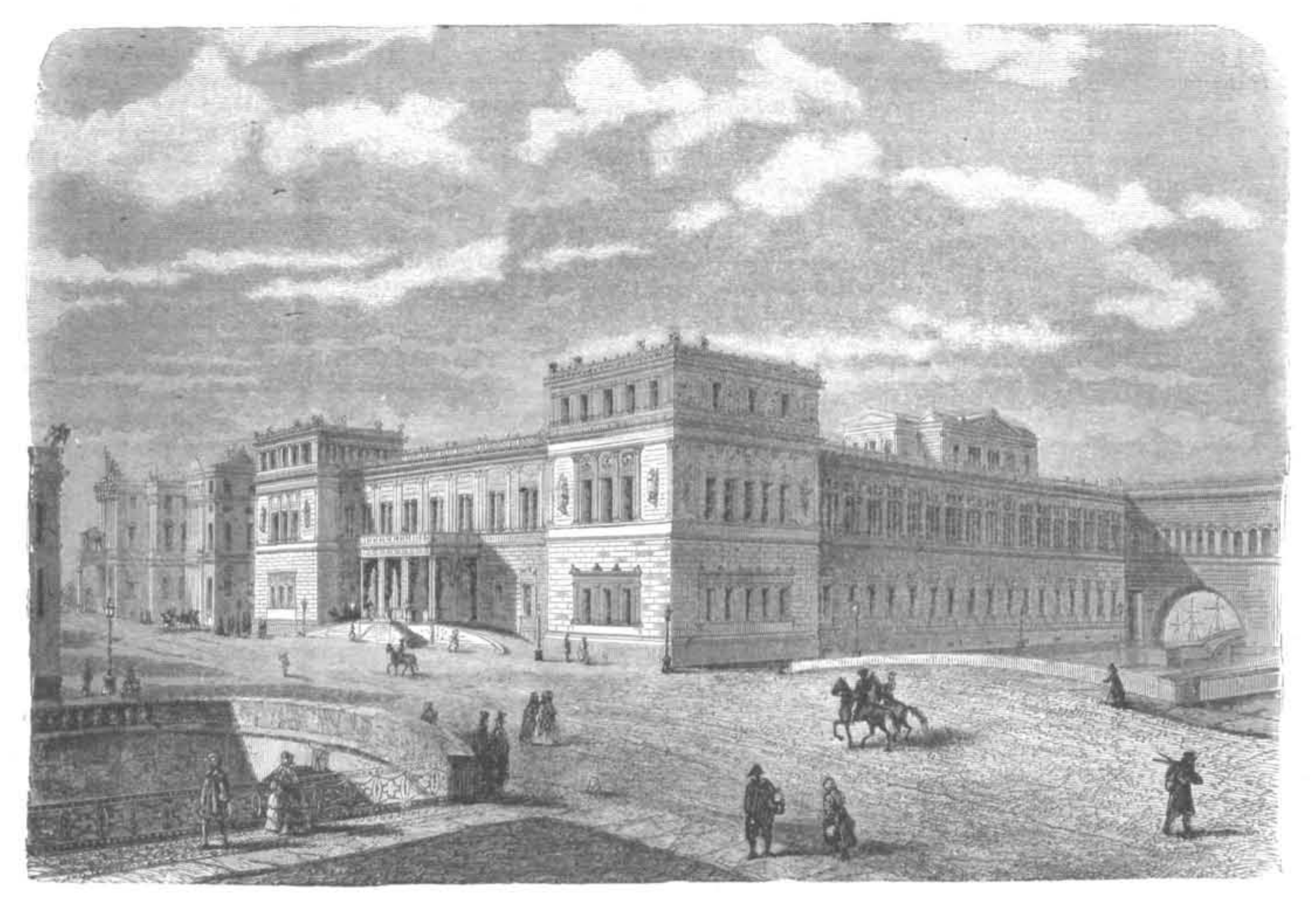
El título que tiene, siendo modesto por demás, retrata la soberbia de la emperatriz que la fundó y honra en estremo á su autor el arquitecto francés monsieur Vallin de La Mothe. Más que por sus bellas proporciones y el grandioso estilo de su arquitectura, este edificio merece ser visitado por la magnífica galería de pinturas que posee.

Este museo cuenta en el dia unos 1,700 cuadros, la mayor parte obras maestras de los primeros artistas del mundo.

En otro tiempo, es decir, en la época de sus fundadores sirvió aquel mágico recinto para las espléndidas fiestas que ofrecia á sus favoritos y á su córte Catalina.

Dramas interesantes se desarrollaron entre aquellas paredes tapizadas de brocado y bajo aquellos artesones de oro.

Los novelistas rusos los han reproducido, y por esta razon ofrece el edificio que reproducimos doble interés, el del pasado y el del presente: ayer la vida: hoy el arte: ayer la orgía; hoy la contemplacion de lo infinito.



LA ERMITA.—Museo de Pinturas en San Petersburgo.

DESCUBRIMIENTOS PREHISTORICOS,

EN GIBRALTAR.

I.

No porque sobre las cumbres del enhiesto Monte Caspe ondee victorioso el estandarte de la Gran Bretaña, dejaremos nosotros de considerar aquel codiciado recinto como parte integrante del territorio español, que los caprichos de la tornadiza fortuna retienen en manos estranjeras. No por que la hora de la reivindicacion de nuestro derecho esté aun por sonar en el reló de los tiempos, podremos, cuando de Gibraltar se trate, permanecer indiferentes á lo que allí acontezca. Podrá la colonia inglesa abrigar en su seno una civilizacion exótica; podrá regirse por leyes que no sean las nuestras; podrá, en fin, sufrir el yugo de autoridades estrañas á la madre patria, pero de todos modos, aquel sol y aquel aire, son el sol y el aire de España; aquella tierra es la tierra previlegiada de Andalucía.

Ha suministrado Gibraltar interesantes páginas á la antropología prehistórica de la península. Teníase noticia de que en algun paraje del disputado Peñon existian huesos, al parecer humanos, que fuertemente adheridos á la roca denunciaban una respetable antigüedad. Lopez de Ayala en su historia de Gibraltar, habia hablado de los restos fósiles del hombre, señalados en la caverna de San Miguel. Posteriormente, esto es, en 1797, el Mayor Laurie en su «Breve descripcion» publicada en las «Transacciones filosóficas de Edimburgo» y despues los hermanos Hunter en «Memorias» contenidas en las «Transacciones de la sociedad real de Lóndres» y Cuvier en sus «Osamentos fósiles,» fijáronse en las brechas huesosas del monte Calpe, estimándolas dignas de singular atencion y especial estudio. En 1844 M. Smith en su «Geología de Gibraltar,» insistió en la idea y tambien nuestro amigo don Francisco M. Montero, hizo algunas aunque breves indicaciones sobre la materia, en su muy erudita historia de la colonia.

Reservado estaba al capitan del ejército inglés, gobernador de las prisiones militares de Gibraltar, M. Federico Brome, persona sobre docta, de reconocida ilustracion y diligencia, el iniciar el verdadero exámen científico de las antigüedades prehistóricas que allí pudieran conservarse, realizando una série de descubrimientos paleoetnológicos de la más alta y reconocida significacion é importancia.

Hállase enclavado el establecimiento, que hasta hace poco dirigia M. Brome en la estremidad inferior Sur del Peñon, en una planicie que se levanta sobre el nivel del mar hasta 400 piés. Denominase la localidad desde antaño, «Los molinos de viento» (Wind mill Hill) á causa de los que allí tenian los españoles, y geográficamente considerada, es la parte del continente europeo más próxima al africano, circunstancia que ha hecho designarla con el nombre de «Punta de Europa.» Ocupan las prisiones una de las mesetas, entre las varias que á manera de bancales ó terraplenes van elevándose desde la misma orilla del agua hasta el flanco abrupto del Monte. Inclinanse los estratos calizos, que constituyen el terreno, en direccion oriental, mientras en el estremo Norte del Peñon, que es el más elevado, buzan del lado del Oeste. Colocada por tal manera la meseta en una especie de eje anticlinal, podia esperarse que la exploracion descubriese en su perímetro grandes grietas verticales. Con efecto, practicábase una escavacion con el propósito de construir un algibe para el uso del establecimiento, cuando los operarios á una corta profundidad dieron (era el 23 de abril de 1862) con una superficie irregular de caliza compacta, interrumpida por una abertura vertical de unos seis piés ingleses de latitud. Requeria la fábrica en progreso, que el terreno se escavase hasta 14 piés y avanzando el desmonte, á los 9, dióse con una pequeña concavidad, y en su fondo con cantidad de huesos enmohecidos. Reconociólos un médico militar, y como espresara que correspondian á un individuo de la raza bovina, arrojáronlos en el estercolero, si bien más cauto el capitan Brome retuvo algunos, que examinados por el cirujano M. Logde, declaró terminantemente que procedian de un semejante nuestro.

Escitóse con esta declaracion la curiosidad inteligente de Brome, y sospechando que la hendidura primitiva comunicaba con otra inferior de mayores dimensiones, vigiló cuidadosamente los trabajos, consiguiendo franquar el acceso á un espacioso hueco cubierto en parte de estalactitas y estalacmitas, y de donde se estrajeron con un colmillo de jabalí, fragmentos de cerámica, juntamente con conchas marítimas y lacustres. Estimulado el celo del ilustrado militar, esploró con detenimiento el antro, buscando el medio de proseguir adelante, que era lo que más deseaba. Hizo levantar la estalacmita, y con júbilo de todos mostróse otra abertura vertical que descendia hasta una profundidad de 200 piés, atravesando dos anchas cuevas ó cavernas. Registrado el corte se notó que las capas estalacmíticas se sobreponian unas á otras, mediando entre ellas horizontes de tierra rojiza que constituian una brecha huesosa, acompañada de huesos incustrados en formaciones de la propia estalacmita. Clasificados los últimos, resultaron pertenecer, por lo menos, á treinta individuos de nuestra especie de todas edades y de ambos sexos.

Recogió Brome tan curiosos objetos y sin abandonar la esploracion, comenzó á trazar el plano topográfico de las cavernas. Llegó el suceso á oidos del general gobernador de la plaza, Sir W. J. Codrigton, y comprendiendo que el hecho era de verdadera importancia para la ciencia, púsolo en conocimiento del ilustre geólogo inglés Sir Cárlos Lyell. Ofició á la vez al ministerio de la Guerra, y tanto la Sociedad geológica, á quien este centro directivo trasmitiera la noticia como Lyell, opinaron que la investigacion debia proseguirse con el más esquisito celo, remitiéndose á Lóndres cuanto llegara á descubrirse.

El 21 de agosto de 1863 redactó Brome un luminoso informe, que con gran copia de huesos, balvas, instrumentos en sílex y restos de cerámica fué expedido para Inglaterra. Llegado el conjunto á su destino, entregóse al real Colegio de cirujanos, donde fué ampliamente examinado por M. Falconer y M. Busk, dos naturalistas de tanta ciencia como nombradía. Llamó el último la atencion del mundo sábio acerca del suceso, en las columnas del *Reader*, publicando con fecha 30 de enero de 1864, una carta que contenia en términos abreviados su opinion acerca del hallazgo. Despertóse dentro y fuera del Reino-Unido la más legítima ansiedad, y persistiendo Brome en sus pesquisas, pudo el citado M. Busk, dar á la estampa en el *Reader* del 23 de julio siguiente, una segunda carta con detalles aun más interesantes que los consignados en la primera.

Refiérese en ella, que cuando se proseguia el estudio de los fósiles que Brome no cesaba de remitir, presentóse el capitan Sayer, autor de una reciente historia de la colonia, trayendo consigo varios restos humanos, procedentes de un punto colocado á 200 piés más abajo que la meseta del Molino de Viento. Habian sido recogidos los restos á bastante profundidad, en una gruta cuya entrada existia en el jardin de Sir James Cochrane. Asimismo anunciaba M. Busk que á la vez facilitaban M. Maire y el capitan Douglas Galton trozos de brecha con gran número de fragmentos huesosos, originarios, en parte, de la bahía de Rosia, pequeña ensenada no lejos de Punta Europa.

Incluia el capitan Sayer en su donativo un cráneo humano casi intacto, faltándole únicamente la mandíbula inferior que habia sido reemplazada con la de otro individuo. Segun Busk, el cráneo con el mayor número de los huesos que le acompañaban, yacia incrustado en una resistente masa de estalacmita, de algunas pulgadas de espesor en determinadas partes, lo cual demostraba que la materia habia ido depositándose con gran lentitud y reposo. Separada la ganga, ofrecióse el hueso limpio y compacto, resultando ser un pequeño cráneo redondo de proporciones simétricas. Sin que los sabios que lo examinaron se atrevieran á emitir un juicio definitivo, no habiendo hecho aun las necesarias confrontaciones, afirmaban resueltamente que en cierto sentido el cráneo era interesantísimo, tanto por sus caractéres pitecoides cuanto por la coincidencia de aparecer asociado á huesos de la estremidad inferior del cuerpo con formas tan monstruosas y anormales, que con justicia habian escitado la admiracion de los más distinguidos anatómicos.

SUEZ.—Arco de triunfo en honor de la emperatriz Eugenia.

Aun mayor fué la que produjo otro, enviado por Brome, el cual habia sido encontrado al ejecutarse varias obras de defensa en la cantera de Forbes, al N. de la plaza, asemejándose en su tipo al renombrado de Neanderthal. Pensaba Busk que el calpense debia tenerse en mayor aprecio que éste, atendido á que aquel conserva entera toda la region occipital con inclusion del borde posterior «del foramen magnum,» mucha parte de la base, un temporal, casi toda la faz, y la mandíbula superior, donde se observan los dientes desgastados de una manera que se presta á las más graves consideraciones. Careciendo de estas partes el de Neanderthal, resulta que el calpense es como su complemento, esplicándose así su singular significacion en el estudio del hombre prehistórico. Además, semejante descubrimiento, añadia considerable valor al cráneo aleman, pues faltaba ya razon para afirmar que este solo representaba una aberracion individual, pudiéndose, por el contrario considerarlo como característico de una raza que se estendia desde las orillas del Rhin hasta las columnas de Hércules.

Insistiendo en su opinion, piensa M. Busk, sobre cuya competencia declinamos la responsabilidad de estos asertos, que el cráneo calpense ofrece aun mayores rasgos pitecoides que el de Neanderthal, lo que unido á su naturaleza casi mineral arguyen una antigüedad enorme.

Ya se concibe el efecto que estas noticias producirian entre los hombres dedicados á las cuestiones paleoetnológicas. Necesitábanse mayores informes y Falconer y Busk se vieron precisados á redactar una nueva nota que fué leida en la Junta celebrada por «la Asociacion Británica para el desarrollo de la ciencia» en la reunion de Bath en 1864. La opinion continuaba no obstante, pidiendo un reconocimiento científico de las cavernas de Gibraltar; deseábalo Sir W. J. Codrigton, y Brome lo reclamaba. Cediendo á esta triple presion, Falconer y Busk atravesaron el Océano y llegaron á la colonia en el otoño de 1864.

II.

A la buena amistad con que nos favorece el ilustrado don J. B. Scandella, vicario apostólico de Gibraltar, y á la galantería del capitan Brome, debemos multitud de datos inéditos que nos han servido para redactar la primera parte de este artículo. Ellos tambien nos proporcionaron la Memoria que redactaron Falconer y Busk. Ateniéndonos á este documento y á otros no menos valiosos, daremos algunos detalles que no dudamos acogerán con gusto nuestros lectores.

Conócense en el monte Calpe cavernas de dos clases: 1.ª cavidades más ó menos horizontales escavadas por las olas en los flancos de la peña, á diferentes alturas: 2.ª cavidades que parten de la superficie y que comunican con profundas simas verticales, denotando que la masa del Peñon ha sido quebrantada en una época romana, por violentos levantamientos.

Tanto la antigua cueva de San Miguel como la del establecimiento penitenciario denominada «Caverna Genista» en honor de su diligente descubridor y con alusion á su apellido Brome, que en latin significa «genista,» la retama, el esparto, la hiniesta en antiguo español, corresponden á la segunda division (a). Clasificados los fósiles estraidos de la última, se ha visto que pertenecen al elefante, al rinoceronte, al auroch, al ciervo, á la gamuza, al caballo salvaje y al jabalí, especies que habitaban el monte en union con hienas, leopardos, linces africanos y cervales que solian atacar á los individuos más débiles para devorarlos. Opinan Falconer y Busk que estos restos vinieron á reunirse en la caverna del modo siguiente: En los tiempos primitivos la superficie del Peñon y su nivel relativamente al mar, eran muy distintos de los actuales. Los animales vivieron y murieron sobre el Peñon durante una larga serie de años. Yacian sus restos esparcidos por el suelo, y en la mayoría de los casos la accion del sol y de los agentes atmosféricos los reducirian á polvo; más una parte de ellos fué arrastrada por las aguas hasta depositarla en las depresiones del terreno producidas por las corrientes, y cuando éstas alcanzaban su potencia máxima, los huesos mezclados con cuantos materiales conducia el torrente, eran sepultados en las hendiduras del monte, donde con el trascurso de los siglos se solidificaron formando una masa de conglomerados bajo la influencia de las filtraciones calcáreas.

Esplicado así el relleno de las simas y la formacion de las brechas huesosas, insisten los sabios naturalistas en afirmar la existencia del elefante en el área del monte, hecho que no puede negarse, hallándose demostrado por el hallazgo en Punta Europa de un molar propio de una especie estinguida que se cree ser el «elephas antiquus.» Aseveran lo propio tocante á la hiena, pues además de los numerosos restos que de su osamenta se han extraido de la caverna Genista, Brome recogió considerable cantidad de coprólitos peculiares á la «hiena brunnea,» y en cuanto al ibex, los huesos acumulados revelan por lo menos trescientos individuos. Y se advierte en la Memoria que analizamos, que no se hallaron fósiles que acusaran la presencia del mamut, del «rinocerus tichorinus,» del «ursus spelaeus,» ó de la «hiena spelaea;» en cambio las tres especies de ibex determinadas, presentan estrechas afinidades con las de Africa y la «hiena brunnea,» primer ejemplo que se registra de su existencia en Europa en los tiempos primitivos; vive actualmente no lejos del Cabo de Buena-Esperanza y en Natal. Unido esto á haberse desenterrado huesos del elefante africano en las inmediaciones de Madrid, razon hay para pensar que en época remota hubo entre ambos continentes una comunicacion terrestre más ó menos directa, pero dentro de los límites que hoy tiene el Mediterráneo.

(a) Segun me advierte un docto, la planta «genista» dió nombre á la casa de los «Planta-genetos.»

En cuanto á los restos humanos, obtuviéronse en considerable abundancia en las hendiduras inferiores de la caverna, pudiendo reconocerse hasta treinta ó cuarenta individuos. Con ellos yacian instrumentos de piedra de la época neolítica, molinos de mano fracturados, muchos cacharros groseros, conchas marinas de especies comestibles á vueltas de algunos otros objetos menos frecuentes. Tiénense los huesos en mucha estima, y aun que revelan considerable antigüedad, pertenecen á la época prehistórica. Atendiéndo á la configuracion especial de la caverna, calcúlase que no sirvió de habitacion sino de lugar consagrado á ceremonias funerarias. M. Busk se inclina á creer que las mandíbulas inferiores descubiertas, corresponden á dos razas distintas, observacion confirmada por los notables caracteres diferenciales que tambien se advierten en otros huesos del esqueleto, siendo de éstos los más raros, varios de la pierna que no han hallado semejantes en las numerosas colecciones de Lóndres, si bien M. Pruner-Rey y M. Lartet, facilitaron á Falconer algunos de Argelia y otro del Valle del Vezere, que se asemejaban algo al tipo de los primeros.

A estos descubrimientos siguieron otros no menos provechosos. Durante los años 1864 y 1865, el capitan Brome reconoció varias cavernas dentro de la zona ocupada por la «genista,» estrayendo huesos labrados, útiles de la misma materia cerámica hecha á mano y conchas marítimas y lacustres.

En 1867 acometió la exploracion de las cuevas de San Miguel y Martin, y una vez perforada la capa estalacmítica, estendióse ante los ojos del explorador un rico depósito de huesos humanos asociados á fragmentos de cerámica análogos á los anteriormente recogidos, hachas de piedra y cuchillos de pedernal. Tambien en otra gruta próxima á la de Martin, conocida con el nombre de «Teg Tree» descubriéronse idénticos materiales.

Ampliadas las escavaciones de la gran caverna de San Miguel, además de estraerse considerable cantidad de restos humanos y testimonios elocuentes de la primitiva industria, registráronse nuevas cuevas y entre ellas cinco asaz notables que se bautizaron con el título de «Cavernas de Leonora,» en recuerdo de la primera dama que las visitó.

En 1868 exploró las del «Viejo» y de «Paca Roca» situadas en distintos parajes del Peñon, continuando sus trabajos con el mayor éxito, hasta que en virtud de órdenes superiores, fué trasladado con otro destino á Inglaterra.

Los descubrimientos de que acabamos de hacer una tan somera descripcion, préstanse á multiplicadas consideraciones. Ocupóse de ellos el Congreso prehistórico en la asamblea de 1868, celebrada en Norwich, promoviendo un escelente trabajo del profesor Busk, que con él ha añadido un nuevo título al respeto y á la consideracion de cuantos se afanan por el progreso de la ciencia del hombre. Tambien nuestra Sociedad Antropológica de Paris ha escuchado con gusto y no escaso fruto, las profundas observaciones que el exámen de los huesos del Monte Calpe sugirieron al laborioso y competente M. Broca, confirmándose la idea del alto valor que en los estudios prehistóricos representan tan preciosas antiguallas.

Pudiéramos ahora relacionar estos hechos con las investigaciones ejecutadas por nosotros mismos en cavernas del territorio español no muy distantes del Estrecho; fácil nos seria consignar datos que en nuestro juicio acreditan la doctrina de la comunicacion entre Andalucía y Mauritania, en tiempos pretéritos; asimismo podriamos decir no poco en órden al camino que siguieran los hombres venidos del Oriente cuando llegaron á poblar nuestra península; pero estos temas exigen más espacio del que ahora disponemos, y no entra además, en nuestro cálculo el discutirlos por el momento.

FRANCISCO M. TUBINO.

UN HÉROE SIN NOMBRE.

Cuánto no han alabado los franceses, y cuán llenos de razon, el famoso «*¡A moi, Auvergne!*» del animoso D'Assas, quién, sorprendido por una columna austriaca, murió llamando á los suyos, primero que dejarles desapercibidos contra la fuerza enemiga! Los franceses alaban siempre lo suyo, y hacen bien. Por no imitarles en nada bueno, hacemos lo contrario los españoles, aventajando á todos los gallegos.

Cierto; pocas tierras han hecho en el mundo mayores sacrificios por la madre patria, que Galicia, pero ninguna los ha encarecido menos, y como Dios ha dicho al hombre «Ayúdate, que yo te ayudaré,» no es mucho que Galicia esté tan poco ayudadada del cielo y los hombres, cuando tan poco se ayuda á sí propia. Para algo más que para llorar y gemir hemos nacido. ¡Ay del individuo ó del pueblo que pone la esperanza de su remedio en la conmiseracion agena! ¡Ay de Galicia, mientras no varíe de rumbo! ¡Ay de Galicia, mientras para ella sea objeto de dudas, todo el que lleve sangre suya en las venas! Pueblo que ignore qué cosa sea amar á su raza, es pueblo ingrato ó muerto. Elija Galicia.

Con aquel cariño, harto superior al nobiliario, que á su tierra profesan catalanes y vascos, amamos nosotros el suelo en que nuestros padres vieron por primera vez la luz del dia. No ignoramos que Galicia, falta de su gran centro como Barcelona, ó de la libertad secular y genuina española, amparada so el árbol de Guernica, que como dice Tirso de Molina,

No hace sombra á rendidos, ni á traidores,

padece há largos siglos el mayor daño que puede afligir á un pueblo, esto es, el letargo que la agobia desde tiempo de los Reyes Católicos.

Con todo, Galicia puede y debe hacer por sí cuanto han hecho otros pueblos menos favorecidos que ella. Libertad, justicia y buen gobierno se adquieren de varios modos, si no es pordioseando con lágrimas en los ojos lo que por derecho se merece: y esto lo logran la entereza, el trabajo y en especial, la confianza en Dios y en sí propio, con la cual logra siempre el hombre cuanto le corresponde, sin faltar á la ley, un solo punto. El primer síntoma de que Galicia quiera tornar á la vida, será que sus hijos, á semejanza de vascos y catalanes, comprendan que la union y el amor á cuanto de Galicia provenga, es la base de su futura prosperidad. Así querríamos ver el renacimiento de la hermosa *region de esmeralda* de la Península ibérica, no menos por su propio bien que por el de España entera.

Pero si Galicia no conserva, al parecer, la menor gratitud al buen conde don Fernando de Andrade, el que venció al famoso Aubigny vencedor del Gran Capitan, si el Conde de Gondomar, diplomático insigne, es para ella desconocido, si tantos otros que podriamos citar no hallan en su patria el eco generoso que en Cataluña, Tierra vascongada y aun otras regiones de la Península hallan los hombres ilustres que en ellas nacieron ¡qué mucho pasara inadvertido el nombre del héroe de que vamos á dar cuenta en la presente narracion!

I.

Hablaban varios amigos de las buenas ó malas calidades de los españoles para soldados, segun la region de la Península en que habian nacido. Cada cual elogiaba al hijo de la provincia que mejor le parecia, y, en general, tenian por mejor aquella en que habian nacido.

Oíales un anciano, comandante retirado, de quien ningun general habia sido protector, y viendo que el propio mérito no era suficiente, acababa de lograr el retiro, dejando el puesto en la escala á un mozalvete que no llevaba la quinta parte de años de servicios, dado que estos merecieran semejante nombre, en comparacion de los de nuestro veterano.

Llevaba la conversacion visos de parar en disputa, creyéndose cada cual obligado á defender á la gente de su tierra, aunque fuese negando las malas calidades y subiendo las buenas hasta el cielo.

A esto esclamó el comandante:

—Señores, nadie puede hablar con menos pasion que yo. He nacido en Chile, aunque de padre español, y por lo tanto, no se dirá que el amor á tal ó cual provincia me ciega.

—Cierto, dijeron todos; tiene razon.

—Pues entonces, y si, además, no hallan ustedes inconveniente en concederme cierto conocimiento de cuanto se refiere á mi antiguo oficio.... les diré que tengo al gallego por el mejor soldado de España.

Negáronse muchos á confesar lo que el veterano decia, pero este dió sus razones, muchas de las cuales fueron apro-

badas, si bien otras hallaron formalísima resistencia en dos ó tres hijos de la corona de Aragon allí presentes, y en todos los andaluces, que bien serian la mitad de cuantos le escuchaban.

—No creí fuera necesario dar ciertos pormenores sobre el caso—dijo el veterano—más veo no hay remedio, y fuerza será advertirles á ustedes, que al hablar del soldado, no trato ahora del hombre personalmente animoso ó cobarde: hablo tan solo del hijo de España que mejores calidades reune para el valor disciplinado, que, si ustedes me apuran, muy poco ó nada tiene que ver con el valor personal...

Aquí entró el buen veterano en pormenores, hijos de su larga esperiencia, y tales fueron y con tal claridad espuestos, que todos los oyentes acabaron por decir tenia razon.

—Además, añadió, referiré un caso que prueba cuán á propósito es el carácter gallego para la milicia, y á bien que si de un vizcaino se tratase, constaria su nombre en letras de oro en la Diputacion de Bilbao ó en el Salon de Juntas de Guernica. El veterano refirió entonces lo que vamos á contar al lector.

II.

El héroe es, en efecto, desconocido. Por lo menos, cuanto se hizo despues por averiguar su nombre, fué en vano.

Guarnecia un batallon de infantería de línea á Castro Urdiales por los años de 1837, á tiempo que la guerra civil señoreaba gran parte de nuestra hermosa costa de Cantabria.

Acababan de llegar varios quintos de lo interior, y uno de ellos tan solo era gallego. Cómo aquel hijo de los Suevos habia ido á parar al batallon de Castro Urdiales, cosa es que la historia calla, no sin mostrarse maravillada de ver aquel pobre mozo estraviado en medio de otros de diversas provincias. Ello fué, que llegó ya al batallon, sin más apellido que el de *el galleguiño*, y así fué llamado siempre. Comenzó como solian todos sus paisanos, esto es, mostrándose no poco afligido y hablando á menudo de la *sua terra* con lágrimas en los ojos. Al cabo, viendo que los aragoneses le despedian con cajas más destempladas, los valencianos le decian *ché*, los andaluces *zeñoritu*, como si fuese asturiano, que son los que truecan la *o* final en *u*, los manchegos le engañaban y los castellanos viejos se reian de él, fué poco á poco curándose de su morriña, y si bien tardó más que ninguno en aprender el ejercicio, cuando le supo, á todos aventajó.

En la guerra, un mes vale por un año de paz. A los tres meses el imberbe *galleguiño* comenzaba ya á tener cierto porte militar que sus compañeros habian adquirido en quince dias, pero con la diferencia, que en estos recordaba siempre el morrion ladeado, el pañuelo de los hijos del Ebro ó el calañés de los del Guadalquivir, mientras en el hijo de Galicia el cambio iba siendo, como al presente diríamos, radical. El *paisano* de tierra de Santiago iba borrándose del todo, dejando en su lugar al soldado.

Nada de esto pasaba sin recaidas, pues á lo mejor, nuestro *galleguiño* sacaba del pecho menuda imágen de plata del apóstol Santiago, que él decia le habia puesto al cuello su madre, para que le librase de todo mal, aunque los compañeros juraban y perjuraban que el Santiaguito parecia regalo de novia. Fuera ó no verdad, ello era que el buen hijo de Galicia comenzaba por reirse, y cuando no tenia fuerzas para más, se levantaba, apartándose cuanto podia de sus compañeros. A menudo le hallaron estos llorando, lo cual les hizo reir á costa del *galleguiño*. En resolucion: el hombre ó muere ó se hace á todo, y nuestro héroe iba de dia en dia mostrando mejores calidades.

Dócil y cuidadoso de su ropa y armas cual ninguno, el que tan alicaido habia llegado al batallon, era al presente modelo de aseo y disciplina.

—Todo va bien hasta que oigamos las balas,—decian los compañeros, no sin cierta envidia de que aquel, mirado por ellos poco antes con soberano desden, estuviese ya indicado para cabo. Fuéralo desde luego, pues sabia leer y escribir, cosa tan frecuente en Galicia, como rara en otras provincias, pero su torpeza en aprender el manejo del arma primero, y el poco ánimo que demostraba, estorbaron su ascenso.

Nada habia ya que echar en cara á nuestro *galleguiño*, salvo las horas que solia pasarse tarareando la *muñeira*, despues de las cuales permanecia otras tantas de tal suerte ensimismado, que sus compañeros se reian y esclamaban al verle:

—¡Ya le ha entrado la morriña!

Por último, llegó el caso de oir las balas. Los carlistas se habian presentado á la vista de la poblacion, y fué necesario salir á afrontarles. Hubo combate, y en una embestida que los *chapelchuris* (boinas blancas) vizcainos dieron á los defensores de Castro, más de un valenton de los que ponian en duda el ánimo de nuestro hijo de Galicia, se dió á huir sin temor de Dios, creyendo acaso que todos los *chapelchuris* eran sargentos primeros, mientras firme en su puesto el *galleguiño*, siguió disparando el arma, hasta la llegada de la reserva, que mantuvo la posicion por las tropas del gobierno.

III.

El combate, parecido en esto á tantos otros de nuestra desventurada guerra civil, habia costado la vida á no pocos valientes españoles sin resultado decisivo, pero como ya iba siendo noche, y se temia intentaran los vizcainos alguna sorpresa, quedaron varias avanzadas en derredor de la poblacion, entrando en esta únicamente parte de la fuerza.

El *galleguiño*, grandemente elogiado por el capitan de su compañía, recibió... la promesa de hacerle cabo en la primera vacante, pues aunque habia muerto uno, ocupó su puesto el que con más prisa echó á correr cuando el fuego hácia Castro-Urdiales, dando vivas y mueras, y diciendo que los facciosos estaban derrotados. No era verdad todavía, pero el *galleguiño* creyó cumplir siguiendo en su puesto, mientras el compañero lograba con los pulmones lo que con el corazon no habria merecido jamás...

Siguió, pues, nuestro héroe de soldado raso. Llovia y venteaba aquella noche cual suele hacerla en el mes de noviembre, (que á la sazon corria) por la costa de Cantábria. En pequeño rellano, rodeado de robles y vestido el suelo de helecho y corgoma, ardia la hoguera que una avanzada acababa de encender. De aquella avanzada formaba parte el *galleguiño*.

No estaba la noche para bromas, ni tampoco se sabia qué era de los vizcainos, mas con todo, aun hallaron los compañeros del hijo de Galicia que éste parecia mustio como las hojas de los robles, que el viento sacudia sobre la hoguera.

—Es porque no le han hecho cabo, decia uno.

—En verdad, que mejor lo merecia que el cobardon de...

—Ya, como entró en Castro, dando voces...

—Justo, aquí al que más grita, más le dan; no al que más vale.

—Vamos *galleguiño*, ¡ánimo! que hoy has estado valiente de veras, y aunque no haya en este mundo justicia... por vida de... y por la tierra del *Pan y del Vino* que me ha visto nacer, no lejos del Duero, te juro que nadie se ha portado hoy mejor que tú... Animo *galleguiño*.

Así hablaba un buen hijo de tierra de loro, robusto y leal como todos sus paisanos y que era el mejor amigo de nuestro héroe.

Este habia pagado con triste sonrisa de agradecimiento la buena fé de sus compañeros, pero no pudo menos de hablar cuando oyó al toresano.

—Ya sabeis, dijo, que Dios me *diera* este génio y con él he de vivir hasta la sepultura, si antes no quedo para pasto de cuervos en estas montañas. Yo no sé si hice más de lo que debí hacer... pero lejos de enojarme, el que no me hayan hecho cabo, diéralo todo, por verme en Galicia al lado de mi madre y...

—Y de tu novia, esclamó el toresano, ¡sé franco hombre! ¡Pues no parece sino que el que más y el que menos no se ha dejado por su pueblo al quebradero de cabeza!

El *galleguiño* calló, dando la razon con su silencio al amigo y compañero de armas.

—¡Tiene novia! ¡Tiene novia! ¡Quien calla otorga! esclamaron todos.

—Tanto la quiero, respondió nuestro héroe, que la guardo aquí... para siempre...

Y señalaba al corazon. Callaron entonces los compañeros, mirándole ya con aquel respeto que los hombres, por diversas que sean sus condiciones, profesan á todo corazon generoso.

En esto llegó el sargento y dijo:

—*Galleguiño*, á tí te toca relevar al escucha.

Como cada cual, aunque sentado en derredor de la hoguera, tenia en su mano el fusil; no tuvo que hacer nuestro soldado otra cosa sino ponerse en pié. En aquel punto, sacó el Santiaguito que llevaba en el pecho, y se le dió al toresano.

—¿Tan cerca estás de la muerte? preguntó éste.

—¡Por si acaso!... respondió el hijo de Galicia; pero con tan firme y sereno acento, que el toresano guardó la devota imágen, mientras los demás compañeros callaban.

—Si no vuelvo, añadió, y algun dia puedes entregar esa imágen del Apóstol á quien ya sabes... hazlo por mí.

Y se alejó en compañía del sargento.

—Lo haré, *galleguiño*, lo haré, aunque tuviese que andar cincuenta leguas desde mi tierra á la tuya... ¡Demonio de hombre! esclamó el toresano despues de breve pausa, ¡pues no se me ha puesto un nudo en la garganta! ¡Bah! estos gallegos son agoreros como ellos solos.

Volvia entre tanto con el sargento el escucha á quien acababa de relevar.

—¿Hay algo? preguntó el toresano.

—¡Qué quereis que haya con esta noche de perros! respondió el relevado, acercándose al fuego. ¡De seguro los facciosos están tiritando al lado de sus hogueras, ni más n menos que á mí me sucede ahora mismo!

IV.

Todos callaron. Arreciaba el viento, y sus ráfagas contenian á ratos la lluvia. A espaldas de la avanzada y más allá de Castro Urdiales, rompia el mar, oyéndose, traidos y llevados de las bocanadas de viento, los tumbos y resaca del golfo Cántabro.

Ante los elementos desatados, sin duda el hombre advertia cuán pequeño era, y buscaba amparo contra el viento, la lluvia y el frio. Todos, pues, seguian en silencio, olvidando ya el efecto causado por la despedida del *galleguiño*, y aun el toresano cabeceaba al amor de la lumbre, deseando, como los demás compañeros que el alba rayase, por lluviosa y descolorida que fuese.

Mas la noche, oscura como boca de lobo, nada dejaba ver á tres pasos de distancia de la hoguera, y en tales casos la suerte de una avanzada y, por ventura, de un ejército, depende del centinela ó escucha, que, allá estraviado entre la maleza, responde con su vida de la existencia de los suyos.

No ignoraban los soldados de la avanzada el peligro que corrian, pero á todo se hace el hombre, y aunque no dejaban los aullidos del viento, que tan á menudo remedan la voz humana, de poner en cuidado á nuestros amigos, pronto reconocian su error, y tornaban al estado de tranquilidad á que les convidaba el grato calor de la lumbre.

Alguna que otra palabra suelta se oia de vez en cuando, á propósito de lo que hemos dicho, y solo el sargento llegó á decir:

—Como ese *galleguiño* es tan cuitado... si fueran otros los carlistas, no lo pasaríamos muy bien.

—En cuanto al *galleguiño*, yo respondo, esclamó el toresano, y valientes hay... y no digo más, aunque más podria...

—¡A callar, repuso el sargento, que yo sé lo que me digo!

—Por vida de la *tierra del Pan y del Vino*, que es la mejor del mundo...

—¡Silencio! añadió el sargento con iracundo ademan.

Súbito hendió el aire una voz harto conocida de cuantos componian la avanzada... que dijo:

—¡VÁLGAME DIOS Y SANTIAGO!

Y al punto, el fulgor y el retumbo de un tiro pusieron en pié á la avanzada y en armas al batallon y á Castro Urdiales entero.

Horrenda descarga contestó al tiro salvador!

—¡Adelante! gritó el toresano, viendo que el sargento más bien mostraba deseos de huir, que de otra cosa: ¡Adelante y viva el *galleguiño*, que acaba de salvarnos!

En aquel momento, el huracan empujando las nubes y amontonándolas á Poniente, hizo rayase macilenta aurora. Adelantó la avanzada, y... en el suelo yacía, acribillado á balazos el heróico *galleguiño*...

Los carlistas se habian echado encima, amenazándole con la muerte, si no callaba. Murió el héroe, salvando á los suyos y obligando á retirarse al enemigo, que ya creia segura la sorpresa.

¡Murió el héroe!...

¡¡Decidme si no merece semejante nombre!!

FERNANDO FULGOSIO.

EL PRÍNCIPE PEDRO BONAPARTE.

Triste es sin duda la celebridad que en estos dias ha alcanzado el príncipe Pedro Bonaparte, cuyo retrato reproducimos; pero de cualquier modo, lo cierto es que la noticia del asesinato cometido por este personaje, ha sido reproducida por todos los periódicos de Europa, y en todos los lectores se ha despertado una viva curiosidad.

Nadie ignora ya que el pariente del emperador Napoleon desafió á Rochefort, y que Mr. Grousset, redactor del periódico *La Marsellesa*, envió dos padrinos, Victor Noir y Fouvielle á desafiar á Pedro Bonaparte.

De las primeras declaraciones resulta, que el príncipe recibió á los padrinos, que Victor Noir le abofeteó, y que entonces, disparando tres veces un rewolver mató á Noir y atravesó con dos balas el paletot de Fouvielle.

Reducido á prision Bonaparte, todo el mundo espera con ánsia el resultado de este interesante proceso; pero entre

tanto se preguntan los curiosos: ¿quién es el homicida? ¿Qué papel desempeña en la familia imperial de Francia? ¿Qué edad tiene? ¿Cuál es su carácter? ¿Cuál es su historia? Por nuestra parte vamos á contestar á estas preguntas hasta donde nos sea posible.

Pedro Bonaparte es hijo de Luciano, el hermano de Napoleon, que no renunció nunca á sus sentimientos republicanos, llegando hasta á colocarse en frente del imperio del capitan del siglo.

Desterrado como toda su familia de Francia despues del triunfo de los aliados de Napoleon, se retiró á Roma, y en esta ciudad nació Pedro Bonaparte en 1815; tiene, pues, 56 años.

Permaneció en los Estados-Pontificios hasta la edad de 16 años, y se afilió á los que combatian al Papa.

De carácter enérgico y audaz, verdaderamente corso en su modo de ser, no tardó en distinguirse por su arrojo y sus aventuras.

Jóven aun, pasó á Nueva-Granada, allí se batió á las órdenes del general Santander y al regresar á Italia fué preso por formar parte de la secta de los carbonarios.

Conociendo la autoridad su valor, envió treinta esbirros para prenderle: la lucha que entabló con ellos fué terrible. Mató é hirió á muchos de ellos, y hasta que cayó moribundo, no pudieron atarle y llevarle al fuerte de San Angelo en una carreta.

Restablecido de sus heridas y libre, volvió á América, y en Corfú mató á dos corsarios albaneses. Los compañeros de los muertos pidieron justicia, y Pedro Bonaparte respondió á su queja mandando fijar en las esquinas de Corfú un cartel qne terminaba con estas frases que le caracterizan.

«Por último, aunque sois la hez del mundo entero, si hablais de una satisfaccion personal más bien que de infames atentados, consiento en rebajarme hasta probaros que si hay alguno entre vosotros, sea el primero ó el último, que tenga bastante valor para batirse cuerpo á cuerpo conmigo, le probaré que no hay superioridad que los hombres civilizados no posean sobre miserables salvajes. Y al enviaros este cartel de desafío, tengo la honra de constituirme en campeon de los ciudadanos jónicos á quienes asesinais.»



EL GENÍZARO SURUR ELÍAS.

El resto de su vida fué tan agitado como el principio. En 1848 entró en Francia dos dias despues de la revolucion de Febrero, y fué elegido diputado por los departamentos de Córcega y Ardeche.

Destinado á la Argelia, no tardó en regresar á Paris, formando parte nuevamente de la Asamblea. Su vida parlamentaria está llena de episodios que prueban más y más la violencia de su carácter.

Un dia en plena sesion, el representante Gastier, que se sentaba en lo más alto de la *montaña*, interrumpió á Mr. Odilon Barrot, que hablaba desde la tribuna, y profirió palabras ofensivas contra el presidente de la república.

Sorprendida la Cámara por aquella interrupcion, se habia quedado suspensa, cuando salió una voz sonora gritando: «¡Callaos!»

Era la del príncipe Pedro.

—¡No callaré! replicó Gastier, y añadió una nueva injuria.

Entonces el príncipe con la velocidad del rayo llegó hasta él y se oyó el ruido de un tremendo bofeton.

El asunto fué llevado al tribunal correccional, y como el abogado de Gastier, Mr. Bac, se dejase arrastrar en el calor de la defensa á personalidades ofensivas, le interrumpió el príncipe:

—¡Basta de injustas denigraciones si no quereis que os pase lo que á vuestro cliente!

A la revolucion de Julio sucedió la república y más tarde el imperio: el príncipe volvió á Francia, pero ha tenido cerradas las puertas de palacio, así como las de la Cámara y de los consejos de la Corona; sólo de vez en cuándo era recibido en la intimidad, pero siempre con recelo. No era bien mirado en palacio, y jamás ha pasado el umbral de las habitaciones de la emperatriz, no viéndosele nunca tampoco en las fiestas oficiales. Sus maneras disgustaban y ha estado viviendo en Paris en su retiro de Anteuil, casi tan desterrado como antes en Italia y en Bélgica, hasta que la muerte violenta de Víctor Noir ha vuelto á ponerle otra vez en evidencia.

ISTMO DE SUEZ.—Palacio del virey de Egipto, en Ismailia, la noche del baile dado á los europeos.

ISTMO DE SUEZ.

EL GENÍZARO SURUR ELÍAS.

En una de sus notables cartas dice el ilustrado señor Castro y Serrano, tantas veces citado por nosotros:

«El virey musulman ha hecho una ostentosa gala, ya lo he dicho antes de ahora, del modo como se practica la hospitalidad en los pueblos orientales. Sus órdenes para el agasajo son tan latas, que los servidores de las fondas y lugares de recreo no preguntan nunca si el estranjero es invitado del khedive ó forma parte de alguna comision internacional: en vano se pide la cuenta despues de hecho un gasto, por crecido que sea; como uno no lleve turbante, todo está pagado.

Si esto sucede con los indiferentes como yo, ¿qué será con los que aquí representan un derecho cualquiera?—En cuanto llegan estranjeros convidados al Cairo, y lo mismo sucede en Alejandría, salen á recibirlos los cónsules de su pais, que ya por serlo gozan de privilegios inapreciables. Uno, por ejemplo, de los más útiles á la llegada, es que puedan llevar en el pescante del coche un genízaro con largo baston, terminando en porra de plata y sable corvo á la cintura Estos lacayos se meten en todas partes y van indicando con su presencia que no hay puerta cerrada para el señor á quien pertenecen. Si hay multitud de gentes, la apartan ó la atropellan: si es una estacion de ferro-carril, se agarran á la portezuela de un carruaje y causan mucho mayor respeto á los viajeros que la tablilla «reservado:» si alguien se atreve á estorbar el paso á su señor, con la porra de plata se las componen. Usan aquí genízaros, á más de los cónsules, los obispos católicos y griegos, y algun otro personaje indígena de mucha importancia.

Ahora, sin embargo, todos llevamos genízaros, pues genízara es para estas pobres gentes la altiva superioridad de la civilizacion.»

Esto dice el señor Castro y Serrano, y su esplicacion basta para que sepan los lectores qué son los genízaros y el papel que desempeñan en Egipto.

El genízaro que representa nuestro grabado es el del consulado de España en Alejandría, y se llama Surur Elías. Al retrato acompaña el fac-símile.

Surur Elías se ha mostrado en estremo servicial con los españoles, dándoles muestras de su clara inteligencia y de su aficion á la pátria á quien sirve; como notarán nuestros lectores, en el dibujo le falta el dedo índice de la mano derecha; lo perdió por efecto de habérsele disparado una pistola en el momento de descargarla.



EL PRÍNCIPE PEDRO BONAPARTE.

EL PALACIO DEL VIREY

EN ISMAILIA LA NOCHE DE LA FIESTA CON QUE OBSEQUIÓ Á LOS EUROPEOS.

En nuestro anterior número, reproduciendo un grabado de una

INSURRECCION DE CUBA.—Incendio del ingenio de don Ramon Fernandez, por los insurrectos.

Ilustracion estranjera, dimos cuenta de la suntuosa fiesta con que á los soberanos y á los europeos invitados á la inauguracion del canal obsequió el khedive.

El grabado que ofrecemos hoy presenta el palacio con toda su magnificencia.

Respecto del baile es inútil añadir nuestros detalles; el virey preparó una fiesta europea á sus convidados y su principal atractivo consistió en parecer que los salones de las Tullerías de Paris se habian trasladado á Ismailia.

El marco del cuadro era oriental: el cuadro parisiense puro.

ARCO DE TRIUNFO

EN HONOR DE LA EMPERATRIZ.

El virey de Egipto ha tratado á sus huéspedes con una esplendidez que difícilmente olvidarán los que han asistido á la inauguracion del canal de Suez.

Pero sus obsequios se han dirigido principalmente á la emperatriz de los franceses. Era una dama, era además la soberana de la nacion del gran hombre á quien debe el Oriente su rápida union con el Occidente y para ella debian ser todos los honores.

En efecto, la ciudad del Cairo construyó el arco de triunfo que representa nuestro grabado, y por él puede decirse que entró en los dominios del khedive la emperatriz Eugenia.

INCENDIO DE UN INGENIO EN CUBA.

Las noticias de Cuba demuestran que la pacificacion de aquella rica Antilla, será en breve un hecho positivo. Falta hace que termine una lucha tan funesta para todos los habitantes de la perla de Ultramar, los cuales han sufrido grandes pérdidas. La guerra es destructora siempre, y buena prueba es de ello los incendios y saqueos que se han verificado. En este número verán nuestros lectores un grabado que representa la quema de un ingenio. Este deplorable suceso acaeció en el mes de mayo último, cerca de las Minas. Los insurrectos mandados por Quesada sostuvieron un combate con las tropas leales y siendo aquellas en mayor número, derrotaron á estas, entregándose á punibles escesos. En aquellos momentos incendiaron el magnífico ingenio de don Ramon Fernandez, y este siniestro fué causa de que el propietario viese arruinadas sus plantaciones de tabaco y azúcar.

Que terminen pronto estas bárbaras escenas es lo que deseamos, y que renaciendo la paz vuelvan para Cuba los dias venturosos que necesita para ser lo que ha sido y lo que debe ser, el emporio de la riqueza americana.

NECROLOGIA ESPAÑOLA.
1869.

Costumbre es en diferentes periódicos estranjeros publicar al comienzo de cada año una relacion, más ó menos circunstanciada, de sus compatriotas que han fallecido en el año anterior. De este modo renuevan la memoria de los que no deben ser olvidados, bien por sus servicios eminentes á la patria, bien por sus obras literarias, científicas ó artísticas.

Al hacer nosotros el primer ensayo de una *Necrología española* del año de 1869, esperamos que se nos disimularán los errores en que en ella podamos incurrir, atendiendo á la intencion que nos anima.

HOMBRES POLÍTICOS.

Don Tomás Coma, fabricante catalán y diputado que fué á Córtes. Falleció en Barcelona en 20 de febrero.

Don Juan Rodriguez, diputado que fué á Córtes en la última legislatura. Muerto en 4 de marzo.

Don Rafael de Magriñá, diputado provincial que fué por Tarragona, y á Córtes por la misma provincia.

Don Celestino de Olózaga, ingeniero de caminos canales y puertos, y secretario de las Córtes Constituyentes. Muerto en un duelo en 17 de marzo.

Don Vicente Hernandez, diputado constituyente por la provincia de Cáceres y el decano de los mismos. Murió en 19 de marzo.

Don Cristóbal Valera, vicepresidente tercero de las Córtes Constituyentes y consejero de Estado. Muerto el 25 de marzo.

Don Diego Lopez Ballesteros, diputado en diferentes legislaturas, presidente que fué del Tribunal de Cuentas del Reino y del Congreso de los Diputados.

Don Lorenzo Moratinos Sanz, vizconde de Vilandrando, caballero de la órden militar de Calatrava y ex-diputado á Córtes. Falleció el 30 de marzo.

Don Tomás Illa y Balaguer, diputado á Córtes que fué por Barcelona.

Don Pedro Rosique, marqués de Camacho y senador que fué del Reino.

Don José Miguel de Arrieta Mascarúa, diputado constituyente por Vizcaya. Muerto en Madrid el 15 de abril.

Don Cárlos Cervera, diputado constituyente por Valencia. Muerto en 18 de abril.

Don Ildefonso Ruiz Zorrilla, licenciado en Jurisprudencia, diputado constituyente por Segovia. Murió en Madrid 14 de mayo.

Don Ildefonso Correa y Sotomayor, marqués de Mos y senador que fué del reino. Muerto en Tuy.

Don José de Castro y Orozco, marqués de Gerona, ministro que fué de Gracia y Justicia, y reputado literato, muerto en Granada á consecuencia de un ataque apoplético á fines de mayo.

Don Luis Gomez de Teran, diputado de las Constituyentes, hijo de los señores condes de Torrepilores. Muerto en Madrid el 16 de julio.

Don José Pignatelli de Aragon, conde de Fuentes, grande de España y uno de los más decididos partidarios de don Cárlos de Borbon. Muerto en Paris en 17 de julio.

Don Joaquin de Aguire, profesor que fué de la Universidad Central, presidente del Tribunal Supremo de Justicia y diputado constituyente. Muerto en 18 de julio.

Don Fernando de Guillamas y Castañon, marqués de San Felices, de Villamejor y de las Nieves, grande de España, caballero de Calatrava, gran cruz de Cárlos III, ex-senador del reino. Muerto en Zumarraga á 5 de agosto.

Don Ignácio Martin Diez, ex-diputado á Córtes, comendador de la órden de Cárlos III y caballero de la de San Juan. Murió en Madrid en 1.º de setiembre.

Don Francisco José Garvia, secretario de la Asociacion de católicos, redactor que fué del periódico *La Constancia* y ex-diputado á Córtes. Murió en Madrid en 28 de setiembre.

Don Pio Laborda y Galindo, ex-senador del reino, presidente jubilado de la sala de Indias en el Tribunal Supremo. Muerto en Madrid en 1.º de octubre.

Don Rafael Guillen y Martinez, diputado constituyente, muerto el 15 de octubre entre Córtes y Benaojan, al ser derrotada la partida republicana de que formaba parte, mandada por Salvoechea.

Don Facundo Goñi, director de varios periódicos, diputado que fué á Córtes y representante de España en los Estados-Unidos. Muerto en Vitoria en los primeros dias de diciembre.

Don José Fernandez del Cueto, diputado constituyente por la circunscripcion de Vich, caballero gran cruz de Isabel la Católica, comendador de Cárlos III, de San Mauricio y San Lázaro, de Cristo, etc., cónsul que fué de España en Paris. Murió en Madrid en 22 de diciembre.

CLERO.

Doctor don Antonio Julvez y Aznar, ministro provincial de la órden de San Francisco, catedrático de Sagrada teología de la Universidad Central y beneficiado de San Pablo de Zaragoza. Falleció en aquella poblacion en 23 de enero.

Fray José Antonio Uriarte, religioso de la órden de Franciscos observantes, muerto en Zarauz en 20 de febrero. Se dedicó con el mayor empeño al estudio del vascuence en sus diferentes dialectos, habiendo auxiliado con sus trabajos los del príncipe Luciano Bonaparte. Dejó una selecta coleccion de poesías, otra de sermones morales y panegíricos y diferentes traducciones.

Don Diego La Chica y Muñoz, dean de la Santa Iglesia Catedral de Málaga. Murió en 1.º de abril.

Don Ramon Andreu, doctor en Teología, regente de la Iglesia del Angel Custodio y catedrático, muerto en Vich el dia 6 de abril.

Don Gregorio María Lopez y Zaragoza, obispo de Plasencia, muerto en Serradilla, á principios de mayo.

Don Francisco de Paula Gimenez, obispo de Teruel, muerto á principio de junio.

Don Manuel Iglesias y Barcones, arcipreste de la Santa Iglesia Catedral de Badajoz. Murió en Madrid en 17 de junio.

Don Agapito Silva, dean que fué de la Santa Iglesia metropolitana de Cuba. Falleció en Madrid en 28 de junio.

Don Eusebio Campuzano, dean de la Catedral de Sevilla. Murió en aquella poblacion á principios de setiembre.

Don Calisto Castrillo, obispo de Leon, muerto en Vitoria el 16 de setiembre.

MILICIA.

Don Casimiro Vizmanos, coronel jefe del Estado Mayor de Canarias. Murió en Madrid, donde residia temporalmente, en 17 de enero.

Don Hipólito Martinez Ureta, subintendente de ejército jubilado, decano del Cuerpo administrativo del ejército. Murió en 29 de enero.

Don Bernardo Abascal, coronel de Infantería, muerto en 30 de enero, á consecuencia de las heridas que recibió combatiendo la sublevacion de Málaga.

Don Manuel Mencos y Manso de Zúniga, brigadier de ejército. En 1852 acompañaba á doña Isabel II, en el momento de la tentativa de regicidio del cura Merino y pudo recoger á la princesa de Astúrias, siendo nombrado por este hecho marqués del Amparo. Murió en 3 de febrero.

Don Gabriel Saenz de Burruaga, mariscal de campo. Murió en 14 de febrero, á consecuencia de haber caido del caballo que montaba.

Don Francisco Muñoz Andrade, brigadier y senador que fué del reino. Muerto en Sevilla.

Don Tiburcio Zaragoza, mariscal de campo, muerto en Madrid á los ochenta años de edad.

Don Juan Hernandez Alba, coronel del regimiento de Toledo, muerto en Madrid en los primeros dias de marzo.

Cárlos Gaertner, muerto á consecuencia de un ataque apoplético. Este mariscal de campo, aleman de nacimiento y al servicio de España desde la guerra civil, habia sido ayudante del duque de Valencia y gobernador militar de Madrid hasta la terminacion del último reinado.

Don Juan Martin y Arnedo, brigadier exento de servicio, muerto en Andalucía.

Don Antonio Zorner y Castro, teniente coronel de Ingenieros, coronel de Infantería.

Don Antonio Campos y Mendizabal, brigadier de ejército, ayudante que fué del marqués de los Castillejos y gobernador últimamente de Matanzas. Muerto en dicha poblacion.

Don Manuel Champaner y Mata, coronel, muerto en Barcelona el dia 1.º de abril. Habia hecho la guerra de la Independencia en la que le hicieron prisionero y le condujeron á Francia.

Don Juan Montenegro, brigadier de ejército, exento de servicio é individuo de la Academia de San Fernando, en su seccion de pintura. Murió en 1.º de abril.

Don Luis de Mendoza, capitan de navío y uno de los pocos marinos que quedaban de los que asistieron á la gloriosa derrota de Trafalgar, caballero del hábito de Santiago y notable pintor de aficion. Murió en Mérida en 1.º de abril.

Don José María Bajoy, brigadier de ejército, muerto en Barcelona.

Don Rafael Suarez Centi, coronel de Artillería. Murió en Oviedo en 17 de abril.

Don José Angel de Zorrilla y Ortiz de Zárate, brigadier de la Armada, muerto en Bilbao en 19 de abril.

Don Cárlos del Camino, brigadier de la Armada, exento del servicio.

Don Diego Gomez de Mercado, coronel retirado, muerto en Madrid el dia 14 de mayo.

Don Buenaventura Puig y Odena, brigadier de los ejércitos, gran cruz de Isabel la Católica y caballero de otras órdenes. Muerto en 17 de mayo.

Don Fermin de Ezpeleta y Enrile, teniente general. Muerto en Madrid el dia 21 de mayo.

Don Manuel Iznart y Gomez, coronel de Infantería. Muerto en Manila en 22 de mayo.

Don Enrique O'Donnell y Joris, teniente general, consejero de Estado y diputado en las Córtes Constituyentes. Muerto en el palacio del Congreso, á consecuencia de una congestion cerebral, el dia 1.º de junio.

Don Francisco Van-Halen y Perez, coronel de Ingenieros, retirado. Muerto en Madrid á 4 de junio.

Don Prudencio Naya, coronel de Infantería, director del periódico *El Ejército y la Armada*. Murió en Madrid el dia 15 de junio.

Don Juan Antonio Verástegui, brigadier de ejército.

Don Joaquin María de Aguiló y Molins, brigadier de ejército, comendador de las órdenes de Cárlos III, Isabel la Católica y Jesucristo, de Portugal; condecorado con las placas de San Fernando y San Hermenegildo, etc., etc. Muerto en Madrid en 25 de junio.

Don Santiago Gurrea, brigadier de ejército, de cuartel en Andalucía.

Don Nicolás Garrido y Enrile, coronel retirado. Muerto en Madrid en 5 de julio.

Don Agapito Crespo, coronel carlista, muerto en la escaramuza de Piedrabuena, en 24 de julio.

Don José Pacheco, coronel retirado, muerto en Madrid.

Don Antonio Navarro y Verdugo, intendente militar de division y distrito, jubilado, caballero de la órden de San Hermenegildo y comendador de la de Isabel la Católica. Muerto en Madrid á 29 de julio.

Don Antonio Estrada y Gonzalez de Guiral, teniente general de la Armada, ministro que fué de Marina y senador del reino, gran cruz de Isabel la Católica y San Hermenegildo. Murió en Madrid en 31 de julio.

Don Mariano Fernandez Alarcon, contraalmirante de la Armada, muerto en Cartagena á principios de agosto.

Don Antonio Carruana, brigadier de Estado Mayor, muerto en Valencia.

Don Casto Mendez Nuñez, benemérito de la pátria, contralmirante de la Armada, vice-presidente del Almirantazgo, caballero, gran cruz de Cárlos III, muerto á los cuarenta y cinco años de edad, en Pontevedra, el dia 21 de agosto.

Don Juan Pinilla, coronel de infantería, muerto en Barcelona.

Don Pedro Zárraga, mariscal de campo, gran cruz de San Hermenegildo, segundo cabo que fué de la capitanía general de Puerto-Rico, muerto en San Sebastian en 22 de agosto.

(*Se continuará.*)

O.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

I.

LOS CONCURRENTES Á LA SALVE DE LA VÍRGEN.

Al dia siguiente, y vestida de tiros largos, como ya hemos dicho, al medio dia, hora en que los muchachos salian de la escuela, Estéban se trasladó á la casa de la Enramadilla.

Encontró sentada á la puerta, haciendo labor, á Elena.

La jóven se puso vivamente encendida al ver á Estéban, y antes de que éste pudiera saludarla, se metió dentro.

Poco despues, encorvada, mezquina, apoyada en su baston-muleta, apareció en la puerta doña Eufemia (así se llamaba la tia de Elena) y miró de una manera hostil al jóven.

—A los piés de usted, dijo éste.

Sin duda doña Eufemia no estaba acostumbrada á ser saludada de este modo, porque apareció en su semblante una espresion de estrañeza.

—Para servir á usted, caballero, contestó con acento ágrio y como si hubiera querido decir:—¿qué diablos quiere usted?

Doña Eufemia habia adivinado que se trataba de su sobrina.

Elena permanecia dentro.

El áspero recibimiento de la vieja desconcertó al maestro de escuela.

—Suplico á usted que me oiga un momento, dijo con la voz balbuciente.

—Vamos, ya sé, dijo doña Eufemia, cuyo semblante se avinagraba más y más: usted viene por la pequeña: ya me esperaba yo algo de esto: este diablejo de muchacha gusta á todo el mundo: pero á ella no le gusta nadie: puede usted volverse por donde ha venido.

—Señora, suplico á usted, dijo Estéban, que temblaba todo.

—Y, vamos, ¿qué tiene usted que decirme? ¿quién es usted?

—Yo, señora, me llamo Estéban Villarrobledo.

—Bien, bien: todos nos llamamos de alguna manera; pero ¿qué es usted?

—Yo soy, señora, maestro de instruccion primaria de Leganés.

—¡Ah! ¡usted es maestro de escuela!

—Servidor de usted.

—¡Ah, vamos! esto es menos malo: yo creí que usted era un señorito: usted tiene un oficio con que ganarse la vida: ¿y qué sueldo tiene usted?

—Seis mil reales.

—¿Qué es eso todos los dias?

—Diez y seis reales.

—¡Vamos! con eso y con menos, se puede vivir en un pueblo: ¿le dan á usted casa?

—Sí, señora.

—¿Y tiene usted provechos?

—Los regalos de Navidad de los niños ricos, que además pagan algo por mes: pueden calcularse seis reales diarios más.

—¡Vamos! veinte y dos reales.

El rostro de doña Eufemia se iba dulcificando.

—Además, vengo á ser de hecho el secretario del alcalde, porque el de nombramiento es un ignorante, y la gratificacion que el alcalde me dá viene á ser otra peseta.

—¡Veinte y seis reales! dijo doña Eufemia, ya domesticada; niña, saca sillas; perdone usted, caballero, pero cuando no se conoce á las personas hay que andarse con tiento.

Elena sacó dos sillas.

—¿Conoces tú á este señor? la dijo su tia.

Elena se puso vivamente encendida.

—¡Vamos! ustedes se conocen ya, dijo doña Eufemia, y me parece... pues mire usted; usted es el primero de quien ella hace caso: véte, véte adentro, hija mia: tú no debes oir lo que este caballero me tiene que hablar.

Elena se retiró.

La vieja y Estéban se sentaron.

—Si usted consiente, dijo éste, nos casamos al momento.

—Poco á poco, amigo mio, dijo doña Eufemia: yo sé que usted tiene para mantener sus obligaciones; pero no sé si es usted un hombre de bien ó un pillo, y yo quiero mucho á mi sobrina para entregársela á usted así, sin tomar informes: además, es necesario que usted sepa, que ella no tiene más que sus manos, y lo poquillo que yo la dejaré: ella es bordadora, y trabaja para las tiendas: borda divinamente; pero para el tiempo que se echa, lo pagan muy mal: apenas si la pequeña gana una peseta; y hay que quitar los dias de fiesta, porque las fiestas las ha hecho Dios para que se santifiquen: todo lo que yo tengo no llega á dos reales diarios: somos muy pobres: como usted ha visto que hemos comprado esta casa, habrá usted creido que somos ricas: no, señor: si fuéramos ricas, no viviriamos en este destierro: yo he comprado esta casa, porque el dinero siempre se tiene y no hay que pagar más que la contribucion: su padre la dejó unos dinerillos: el pobre se quitó la vida trabajando por su hija: pero con la compra de la casa, nos hemos quedado reducidas á una gran renta de dos reales diarios, como ya le he dicho á usted: ella está así, elegantita, porque ella se lo hace y tiene mucha idea: parece una señorita, porque el bueno de su padre hizo la locura de educarla en un colegio, como si hubiese sido hija de un duque: pero afortunadamente la pobrecilla se aviene á todo, no es orgullosa, y trabaja que se quita la piel: tiene mucho talento, aunque yo no debiera decirlo; pero es la verdad: canta y toca el piano... ¡niña! ¡niña!

—¡Mamá! contestó desde adentro Elena, que consideraba á doña Eufemia como si fuera su madre.

—¿Por qué no cantas algo, hija mia? yo he dicho á este caballero que sabes música.

—Como usted quiera, mamá, dijo Elena con dulzura, pero dejando conocer que se la contrariaba.

—Yo tendria un placer: ¿tiene usted piano?

—¡Oh! sí, señor; su padre hizo la locura de gastar ocho mil reales en un piano para ella: pero entre usted, entre usted: es un piano magnífico.

En efecto, era un piano vertical de Hertz.

—*¡Lucia!* esclamó Estéban, viendo la cubierta de uno de los cuadernos: es mi favorita.

—Como usted guste, dijo Elena, que no pudo contener una mirada para Estéban.

La vieja recogió aquella mirada.

—¡Ah! dijo para sí: le quiere: pero á mí no me conviene: es necesario tener cuidado.

Elena acabó de enamorar cantando á Estéban.

Acabado el canto, volvieron á salir fuera doña Eufemia y Estéban; pero no se sentaron.

—Yo me informaré de la conducta de usted, dijo doña Eufemia, y si me satisface... no digo que... dentro de un año... ella es muy jóven, y usted puede esperar mucho tiempo: es bueno que los que han de vivir unidos hasta la muerte, se conozcan, se estimen y se amen cuanto pueden amarse antes de morir: vuelva usted dentro de ocho dias.

—¡Ocho dias!

—No necesito yo menos; y esto si en ocho dias logro tener todos los informes que necesito.

—¡Pero señora, yo voy á estar muriendo ocho dias!

—Ni un minuto menos.

—¡Me resigno, señora!

—Y oiga usted; que no me ande usted con imprudencias, porque si huelo que usted me ronda la chica, hemos concluido.

Estéban se despidió y se alejó lleno de ansiedad: ¿darian en el pueblo buenos informes de él á doña Eufemia? Estéban se arrepintió de su vida de aventuras.

—Y bien, dijo, si ella me ama, el saber que yo he sido afortunado con las mujeres la empeñará más, y á pesar de su tia nos casaremos... yo no sé por qué tengo miedo: yo no me he comprometido con ninguna soltera... adelante... ¡Gabriela!... Gabriela está obligada á callar... con las otras no he pasado de galanterías... mis relaciones con Gabriela han sido discretas: no, no hay que temer... ¡pero esa doña Eufemia!... todo en ella es raro... ¿será tan pobre como dice? á mí me parece avara; sacrifica, sin duda, á la pobre Elena: es necesario salvarla de su tiranía: no se comprende la compra de esa casa de campo, el aislamiento de dos mujeres solas... este es un misterio: ¡pero no, no! ¡este misterio no toca á Elena! ¡ella es pura como un rayo del sol!

Pensando de este modo, febril, enamorado hasta el fondo de su alma, llegó Estéban al pueblo, y apenas tuvo tiempo para comer, porque se acercaba la hora de la vuelta de los niños.

El tiempo que trascurrió hasta la media noche, fué para Estéban una eternidad: al fin dieron las once y media: Estéban se puso un par de pistoletes en los bolsillos, y se fué á su cita con Elena.

Pero esperó en vano: Elena no parecia: sin duda doña Eufemia habia tomado sus medidas para evitar un pelaedero de pava probable: Estéban no se atrevió á salir de entre una enramada oscura, desde la cual se veia la casita: hacia una luna muy clara y la vieja podia estar en acecho.

El viento trajo una campanada de la iglesia del pueblo: era la una de la noche. Estéban se volvió triste, desesperado, con el corazon oprimido.

Al dia siguiente, mientras estaba en la escuela, pálido y desencajado, porque no habia dormido en toda la noche, su vieja criada le avisó de que una jóven queria hablarle.

Estéban, latiéndole el corazon con la fuerza de un martillo, abandonó su clase y salió á la puerta: ¿qué jóven podia ser aquella?

Se encontró con una vendedora de huevos, que le dijo sonriendo:

—La señorita morena de la Enramadilla, me ha dado esta carta para usted?

—¿Pide contestacion?

—No, señor.

—Espere usted, sin embargo.

—Como usted quiera.

Estéban abrió la carta y la devoró.

En una preciosa letra inglesa, contenia estas breves frases:

«Aprovecho la ocasion de haber ido mi tia al pueblo: anoche no pude salir al huerto: mi tia habia echado la llave á la puerta y la habia guardado: no sea usted imprudente: no vuelva usted ni de dia ni de noche: esperemos.

ELENA.»

Estéban dió una peseta á la huevera y la despidió.

Estaba desesperado.

Habia que esperar los ocho dias.

Pero no esperó tanto: al dia siguiente un campesino, le llevó una nueva carta: era de Elena, sin duda: el sobre estaba escrito por ella.

Estéban leyó con espanto lo siguiente:

«Prohibo á usted terminantemente vuelva á aparecer por aquí ni á saludarnos: el hombre que seduce á una mujer casada, y que falta á la lealtad á un hombre de bien infamándole, no merece más que desprecio.

EUFEMIA SANDOVAL.»

Esta carta tenia algunas señales recientes de lágrimas.

—¡Ah! esclamó Estéban, ¡no ha sido ella! ¡ha sido la horrible tia, que ha tenido la crueldad de hacerla escribir esta terrible carta! ¡ella me ama! ¡ella ha llorado! ¡yo estoy loco! ¡mejor! ¡ella será mia á pesar de ese vestigio infame! pero ¿quién, quién ha sido la Meguera, la miserable, que ha dicho á esa harpía que Gabriela!... ¡ah! ¡es necesario que yo averigüe, que yo me vengue!

Aun no habia acabado de decir estas palabras Estéban, cuando una muchachuela le lleva otra carta.

Al ver la letra del sobrescrito, Estéban se puso pálido: habia reconocido la letra de Gabriela.

«Vé esta noche al sitio de costumbre, decia: tenemos que hablar de cosas muy graves.»

Esta carta no tenia firma, y la letra estaba visiblemente desfigurada: era la letra usual de las cartas de Gabriela á Estéban.

El jóven rompió esta carta con furor, y su primer pensamiento fué no ir á la cita: pero luego meditó: era necesario averiguar, saber de quién tenia que vengarse.

La cita de Gabriela demostraba que el Pintado no estaba en el pueblo.

A las ocho de la noche, Estéban tomó sus pistoletes, se lió en su capa y salió de Leganés, evitando ser visto: rodeó el pueblo, y por detrás del cuartel, y atravesando la carretera, tomó el camino de la ermita de Nuestra Señora de Butarque.

Estas precauciones eran muy necesarias, porque hacia una luna clarísima.

Juan el Pintado vivia en una grande huerta de su propiedad, situada frente por frente de la ermita.

Estéban se aventuró por un estrecho, tortuoso y lúgubre sendero, ensombrecido por el follaje de los altos vallados: por cima de estos se veian los árboles sin hojas, emblanquecidos de una manera fria por la luna.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, Estéban llegó á unos paredones derruidos, dentro de los cuales descollaba alta, negra y sombría la maleza.

Estéban penetró: sentada sobre una piedra, agoviada, replegada sobre sí misma, inmóvil, bañada enteramente por la pál da luz de la luna, habia una mujer: estaba tan abstraida, que Estéban llegó junto á ella sin ser de ella sentido.

Aquella mujer lloraba silenciosamente.

Estéban sintió un movimiento de conmiseracion y de un estraño placer á un tiempo: ¡halaga tanto el ser amado con pasion, hasta por aquellos que han llegado á sernos indiferentes!

—¡Gabriela! dijo con voz opaca y trémula Estéban.

Pasó un sacudimiento nervioso por la jóven, que se puso en pié de un salto, como si un resorte poderoso la hubiese lanzado de la piedra en que estaba sentada.

Vió á Estéban y se arrojó á su cuello sollozando: sus magníficos ojos negros le devoraban de una manera ansiosa, y dejaban ver en su fondo algo sombrío, siniestro, sanguinario.

Eran los ojos de una leona que suplicaban y amenazaban á un tiempo.

Estaba densamente pálida, y esta palidez, aumentada por el lívido resplandor de la luna, la hacia parecer un espectro; pero un espectro hermosísimo.

Temblaba toda.

—¿Por qué me matas? esclamó.

Y luego añadió con una voz lúgubremente ronca:

—¿Crees tú que yo me voy á dejar matar sin defenderme? ¿crees tú que se puede perder así á una mujer como yo? ¡guárdate, Estéban! ¡guárdate!

—¿Pero qué ha sucedido? ¿qué sucede? ¿qué es esto? preguntó Estéban, que habia ido resuelto á negarlo todo por evitar complicaciones: conocia demasiado á Gabriela y sabia que era terrible.

—Afortunadamente él no estaba en casa cuando llegó esa

maldita mujer, dijo Gabriela: ha ido á un negocio del matadero de Madrid, y no volverá hasta pasado mañana.

—¿Pero qué mujer es esa?

—¡Esa coja! ¡esa vieja! ¡esa bruja!

—¡No te entiendo!

—¡La de la casa de la Enramadilla!

—¡Ah, pues no sé!

—¡Con que no sabes! esclamó con irritacion Gabriela.

—¡Te juro!...

—¿Quién cree en juramentos? ¿cómo puedo yo creer en ellos... yo que he faltado á juramentos hechos ante Dios?... ¡tienes razon en despreciarme, porque la mala mujer que deshonra su familia, no merece más que desprecio!... ¡pero no te cases, Estéban, no te cases, porque tu mujer te engañará como yo he engañado á mi marido, y el amigo que te dé la mano, te ultrajará como tú has ultrajado á Juan.

Estéban se estremeció: le pareció que Dios airado le hablaba por la boca de Gabriela.

—Yo no entiendo nada de esto, dijo rehaciéndose.

Gabriela miró profundamente á Estéban; pero éste habia recobrado su sangre fria y su semblante se habia hecho impenetrable.

Una espresion de esperanza apareció en los bellos ojos de la Buena Moza de Alcorcon, y sus lágrimas se secaron.

Se sentó fatigada en la piedra: Estéban se sentó á sus piés.

—Esta mañana, dijo ella, me encontré de repente en la huerta con la Forastera de la Enramadilla, que me saludó muy cumplidamente, y me dijo:

—Señora, yo necesito informes acerca de una persona del pueblo, y como era natural, he ido á ver al alcalde: no estaba allí; pero estaba la alcaldesa, y era igual: la alcaldesa me dijo cuando supo de quién se trataba:—Los que pueden dar á usted *escelentes* informes acerca de *esa persona*, son *don Juan*, el de la Huerta grande, y su *mujer*, que son muy amigos suyos: ¿entiendes? Mi *marido y yo* podiamos dar muy buenos informes *de ti*, porque *de ti* era de quien se trataba.

Gabriela habia marcado enérgicamente su acento en las palabras que hemos puesto en bastardilla.

—¿Y á propósito de qué se trataba de mi? preguntó con una admirable calma Estéban.

—No lo sé, contestó Gabriela, porque no llegó el caso de esplicarse: cuando esa maldita me dijo que era de ti de quien necesitaba informes, yo lo adiviné todo: «él quiere á la Morena de la Enramadilla, me dije, y la ha pedido á su tia.»—Me puse mala, me estremecí toda, se me llenaron los ojos de lágrimas, y esa condenada me dijo:—«¡Ya sé! ¡ya sé! usted acaba de darme todos los informes que necesito! ¡ahora comprendo por qué la alcaldesa me ha enviado aquí.»—Y se fué.

—¡Pero esto es horrible! esclamó Estéban realmente impresionado.

—¡Sí, sí, horrible! esclamó llorando Gabriela: ¡nos han acechado! ¡lo saben todo! ¡todo el pueblo lo sabe! ¡mañana lo sabrá él, y cuando él lo sepa!... ¡sálvame, Estéban, sálvame, tú que me has perdido! ¡yo me muero de vergüenza! ¡yo no me atrevo á ir al pueblo! ¡olvida á esa mujer! ¡vámonos de aquí! ¡yo tengo dinero!... ¡en otra parte no me conocerán! ¡en otra parte no tendré miedo de que él me mate!

Las consecuencias de su falta caian sobre Estéban y le aniquilaban: hizo cuanto pudo para calmar á Gabriela, la juró consagrarse á ella, apagar las murmuraciones, y en último resultado huir con ella.

Era ya muy tarde cuando se volvieron ella á su huerta, él al pueblo.

Apenas habian desaparecido, cuando un hombre alto y rígido, en cuyo semblante dejaba ver la luna una espresion espantosa, se levantó de entre la maleza á poca distancia del lugar donde habian estado sentados los dos amantes.

Aquel hombre era Juan el Pintado.

—¿Con que era cierto? esclamó con voz reconcentrada, terrible: ¡pues bien, yo me vengaré como no se ha vengado nadie todavia!

Luego salió de entre los paredones, adelantó por un sendero, se metió en una espesura, desató un caballo que allí habia, ganó la carretera, y se alejó al galope hácia Madrid.

(Se continuará.)



LA FÉ DEL AMOR.—La mujer que deshonra á sus hijos, esclamó el Pintado, renuncia á ellos (pág. 27).

INDUSTRIA Y ARTE.

TRABAJOS EN HIERRO.

Entre las obras más acabadas de la ferretería moderna, merece muy particular mencion la puerta monumental, cuyo diseño reproducimos en esta plana.

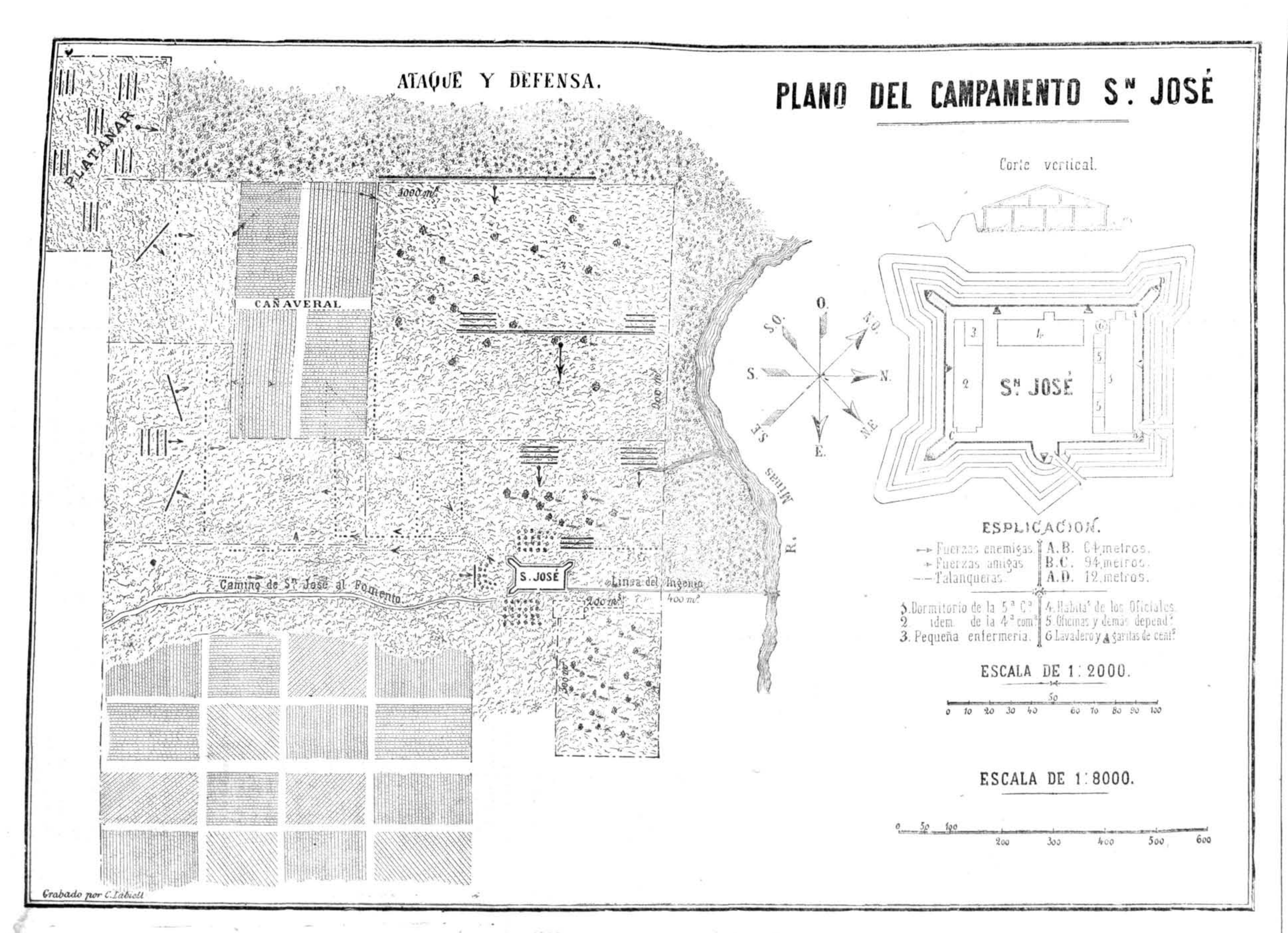
Esta magnífica puerta, recientemente construida por cuenta del gobierno de Buenos-Aires en los talleres de monsieur Bernard Bishop y Bernardo de Norwich, está siendo objeto de la admiracion general, pues todo el mundo conviene en que por sus bellas y atrevidas proporciones y sus caprichosas al par que delicadas labores, puede muy bien considerarse como la obra más perfecta de su clase.

El gobierno de Buenos-Aires, satisfecho de la obra de Mr. Bernard, que es el autor del diseño, se ha decidido á realizar un proyecto que ha de dar grande impulso á esta importante clase de trabajos, pues se propone cercar la capital de la república con una verja de hierro, colocando de trecho en trecho otras puertas monumentales de hierro, cuyos dibujos está encargada de trazar la misma casa constructora.

Nosotros, deseando dar á conocer los adelantos, no solo de las ciencias y las letras, sino de las artes mecánicas, nos complacemos en reproducir una obra que es un producto acabado del arte y de la industria modernos.



PUERTA DE HIERRO ADQUIRIDA POR LA CIUDAD DE BUENOS-AIRES.


ATAQUE Y DEFENSA.
PLANO DEL CAMPAMENTO Sn. JOSÉ
PLATANAR
CAÑAVERAL
1000 mt.
200 mt.
S. JOSÉ
Camino de Sn José al Fomento
Linea del Ingenio
200 mt.
400 mt.
300 mt.
R. Minas
O.
N.O.
N.
N.E.
E.
S.E.
S.
S.O.
Corte vertical.
Sn. JOSÉ
ESPLICACION.
Fuerzas enemigas.
Fuerzas amigas
Talanqueras.
A.B. 64 metros.
B.C. 94 metros.
A.D. 12 metros.
1. Dormitorio de la 5.a C.a
2. idem. de la 4.a com.a
3. Pequeña enfermeria.
4. Habita.s de los Oficiales.
5. Oficinas y demás depend.s
6. Lavadero y garitas de cent.s
ESCALA DE 1: 2000.
0 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100
ESCALA DE 1: 8000.
0 50 100 200 300 400 500 600
Grabado por C. Labielt

LA CASA DE UN MINISTRO.

BOCETO.

La casa de un ministro es á primera vista una mansion donde la abundancia y la felicidad han tomado carta de naturaleza. Allí solo debe escuchar el amo de la casa lisonjas y enhorabuenas; los obsequios más ó menos espléndidos deben ser las repetidas muestras de agradecimiento con que los favorecidos por el ministro enriquecen su despensa y llenan de objetos de mérito sus salones. Aquella mansion, en fin, parece un templo del poder, donde solo hallan un lugar los afortunados, donde se encuentra la realizacion de muchas suspiradas esperanzas, donde tienen importancia y gran influencia hasta los porteros y lacayos.

Mucho de esto es tal como parece; sin embargo, en la casa del ministro hay tambien amarguras, compromisos y tan graves peripecias que con razon podria esclamar S. E. en muchas ocasiones, parodiando á Sancho:

—Si buena cartera me dan, buenas desazones me cuesta.

Vamos á trazar ligeramente algunas escenas domésticas que tienen lugar en la casa de un afortunado mortal que logra ascender á la secretaría de un ministerio.

—Venancio, dice la señora, ó sea la esposa del aludido. ¿Se ha resuelto ya la crísis?

—Sí, hija mia. Ya soy ministro, buen trabajo y buenos discursos me ha costado; pero en verdad yo soy necesario para salvar la situacion. (Porque todo nuevo ministro aunque sea un zoquete se cree indispensable y único para el desempeño del nuevo empleo). Ahora, continúa, me propongo hacer grandes mejoras en mi departamento: Lo primero.....

—Lo primero, dice la señora interrumpiendo á su marido, es colocar á Pepito, ya sabes.... es preciso que sea gobernador.

—Eso por supuesto, ya mandé estender su credencial.

—Mi primo tambien necesita un ascenso... el pobre no gana hoy más que diez mil reales y ahora debes hacerle auxiliar aunque no sea más que con treinta mil.

—No tengas cuidado, me he propuesto ser muy severo en esto de dar y quitar destinos; pero no por eso desatenderé á la familia y á los amigos, sobre todo á mis electores, siquiera porque me dejen en paz.

—Bien, bien; qué contenta estoy, exclama llena de gozo la señora. Ahora es preciso que arreglemos la casa; porque nuestra clase.... nuestra posicion.... tendremos que recibir á muchos personajes, y ya ves que estos muebles no son decorosos...

—Mañana haremos venir al tapicero y al mueblista; verdad es que estamos algo atrasados, pero no hay otro remedio.

—Y el caso es que tenia que hacerte otras peticiones. Es preciso, Venancio, que consideres que yo soy la esposa del ministro y que no puedo presentarme en público de cualquier manera. Yo necesito hacerme algunos trajes, tomar un abono en el teatro de la ópera, y pasear por la castellana en una elegante carretela.

—¿A dónde vas á parar? Basta, basta, mujer; no prosigas y considera que todo no puede hacerse en un dia.

—Para eso te han nombrado ministro. Yo necesito todo lo que te he dicho y tén en cuenta que te hablo solo de lo preciso, de lo absolutamente indispensable.

Aquí D. Venancio hace un gesto de impaciencia y no contesta á su cara mitad; porque un criado anuncia que unas señoras desean ver á S. E. y que aguardan en la sala.

Nuestro hombre entonces con el semblante benévolo acude á recibir las felicitaciones, no solo de aquellas amables señoras, sino de otros varios personajes á quienes conoce desde hace muchos años, aunque jamás le visitaron ni se mostraron con él tan afectuosos.

Los cumplimientos, las muestras recíprocas de satisfaccion, las alabanzas de todo género se repiten en aquellas visitas y hacen exclamar al D. Venancio luego que se halla solo.

—No hay duda, el país está muy satisfecho de mi nombramiento. Yo, la verdad, no creí que era un hombre de tanto talento ni que poseia tantas dotes de gobierno; pero todos me lo dicen y no puedo creer que todos me engañen.

Y dirigiéndose á un jóven que era un escribiente y ya se titula secretario del ministro, le entrega un legajo de papeles donde los visitantes han escrito diferentes notas relativas á peticiones de empleos, ascensos y prebendas que no puede negar S. E. á aquellas personas tan cumplidas que tan buen juicio han formado de su capacidad y consecuencia política (salvo algunos cambios de casaca que las fuerzas de las circunstancias le obligaron á hacer en determinados periodos).

Mucho molestan al nuevo ministro las exigencias de sus amigos. Aun no han transcurrido dos dias despues de su nombramiento y ya tiene en su poder solicitudes bastantes para ocupar todos los destinos de la secretaría y los de las direcciones y dependencias de un ministerio. Pero esto ¿qué importa, si á cambio de tantas y tan impertinentes pretensiones, va confirmándose más en los alcances de su talento piramidal y recogiendo los triunfos de su popularidad inmensa?

Por ambicioso que un hombre sea, en tales momentos se cree feliz y con poder bastante para atar la rueda de la fortuna y eternizarse en la poltrona ministerial con el beneplácito de los pueblos.

Pero ¡ay! un criado indiscreto entra en el despacho de S. E. y tiene la desgracia de entregarle un periódico que no sabe quien lo ha traido á la casa.

Don Venancio lo toma con avidez, desea conocer la opinion de la prensa respecto á su nombramiento, mas al fijar los ojos en aquel malhadado papel se queda corrido, mústio y estupefacto, como si un dardo emponzoñado hubiese herido su corazon.

Verdaderamente el papel que con dañado intento se ha remitido á la casa del ministro, contiene la caricatura de este eminente personaje, y él se mira en ella y se desespera. Pero no es esto solo, la caricatura pone de relieve sus defectos corporales; patentiza su calva, y ridiculiza sus posturas, su hinchazon y vanidad y hasta declara con exageracion las imperfecciones de sus piés y la vulgaridad de su figura.

Don Venancio no puede resistir al deseo de leer aquel periódico en el que halla consignada su historia política, y donde ve que están muy de relieve sus inconsecuencias, sus evoluciones más desdichadas, y por último, donde lee un juicio durísimo de sus primeros actos ministeriales.

Aquí nuestro héroe rompe el papel lleno de cólera y poseido de un endiablado humor, reprende á su secretario y aturde con sus voces á los criados que no aciertan á comprender qué mala yerba ha pisado su señor.

En tales instantes D. Venancio es el ministro hasta para su mujer, su aire de superioridad asusta á todos los habitantes de la casa. El tio de S. E. que ha venido á Madrid á pretender y vive con su sobrino, no se atreve á preguntarle la causa de su disgusto, y otros mil parientes de la señora que con igual objeto se hallan en la sala, guardan un silencio sepulcral al oir desde el sitio en que se hallan las descompasadas voces del sol de la casa, anublado por las impertinencias de cuatro periodistas malévolos.

Han pasado algunos dias despues del nombramiento de D. Venancio para el alto puesto que ocupa. Su casa es un verdadero jubileo, al que asisten gentes de todas clases y condiciones. Si el lector acudiese por espacio de un cuarto de hora al recibimiento ó antesala de la casa hallaria ocasion de conocer á los que se van presentando con el deseo de ver á S. E.

Allí van los cesantes, aquellos á quienes el buen D. Venancio puso de patitas en la calle, para dar cabida en sus destinos á los recomendados de fulanito y zutanito; los infelices en vano pretenden obligar al ministro á que deshaga lo hecho, pues regularmente no suelen ser recibidos por S. E., y cuando consiguen hablarle, apenas recobran una efímera esperanza de reposicion que bien pronto se convierte en un funesto desengaño.

Con semblante más placentero acuden á visitar á don Venancio y á su señora los que en otras épocas se llamaron amigos de la familia. Cada uno de ellos lleva formulada su pretension y cuenta ya con su credencial acomodada á su deseo, la cual mandará estender el ministro inmediatamente aunque el que ocupe la pretendida plaza sea un empleado inteligente, trabajador y padre de familia.

Muchos de estos amigos pasan de la antesala y penetran con aire de triunfo hasta la alcoba donde S. E. se corta los callos ó se dispone á tomar un pocillo de chocolate.

No hay objeto raro, coleccion de fieras, ni espectáculo ameno que inspire mayor curiosidad que la persona de un ministro; por eso todos desean verle y hablarle, siendo bajo este punto de vista un ser desgraciado condenado á tener visitas á todas las horas del dia, y á estar rodeado de pretendientes más ó menos encubiertos desde el momento en que se levanta de la cama hasta cuando el sueño le rinde y le ofrece el dulce reposo que tanto necesita.

Ayer la casa del ministro era solo frecuentada por media docena de personas: cuando á D. Venancio le dolian las muelas y desesperado se golpeaba contra la pared; cuando algun dia le faltaron tres pesetas para enviar á la compra á la criada y tuvo que empeñar el reloj, cuando aun nuestro héroe no habia aturdido al mundo con el torrente de su elocuencia, nadie se cuidaba de su salud, ni de sus apuros, ni de su oscurecida personalidad. Pero D. Venancio, hombre de la situacion y ministro, se ve acometido de una ligerísima indisposicion; entonces todos se interesan por su salud, y no bastando tres criados para dar razon á las gentes de los progresos del constipado ó de la jaqueca de S. E. se ven en la necesidad de escribir á la puerta de la casa y aun de decir en los periódicos.

«S. E. sigue más aliviado, anoche durmió, tomó caldo y se volvió á dormir. Los médicos que no se apartan del lecho del enfermo aseguran que su restablecimiento será rápido.»

Este anuncio se repite de boca en boca y calma la ansiedad de los que desean con afan su mejoría, para que vuelva á ocuparse de sus respectivas pretensiones, y acaso desespera á tal ó cual personaje á quien se designa en los círculos políticos para desempeñar la cartera que dejaria vacante D. Venancio en caso de una desgracia.

Pero acaso el destino ha dispuesto que nuestro hombre muera olvidado quizás en un rincon de una provincia.

Muchas y muy singulares son las escenas de familia que tienen lugar en la casa de un ministro; muchas son las desazones que á este le atormentan cuando los desengaños van destruyendo sus ilusiones, y grandes las tempestades que en el hogar deméstico producen las luchas parlamentarias, las votaciones perdidas y las crisis ministeriales. Todos estos acontecimientos tienen eco en el seno de la familia, y constituyen una série de situaciones cómicas que pueden dar lugar á muy prolijos artículos y á filosóficas consideraciones, en las que siempre aparecerán de relieve las flaquezas y el oropel con que se viste la humanidad para dar culto al interés y servir á su egoismo y á su soberbia.

ALBUM POÉTICO.

AMOR ETERNO.

¡Carta tuya!...—¡oh bondad!—¡y en ella leo
que te acuerdas de mí!...—¡Pues ya lo creo!
¿Cómo olvidar al que te quiso bien,
y siempre dijo *Amen* á tu deseo,
y luego á tu perjurio dijo: *Amen?*

—

Dices que me amas menos, vida mia...
¿Lo ves? ¡El tiempo calma las pasiones!
En cambio... sigue *el mismo* todavía
aquel mi amor sin celos ni ilusiones,
que tan *glacial* ayer te parecia.

—

¡Eres tan linda!... Y, aunque no lo fueras...
¡eres tan tierna, plácida y graciosa,
que, hagas, digas ó pienses lo que quieras,
nunca te faltará este amor... en prosa,
que no creyó en tus lágrimas primeras!

—

No me lo dices tú; pero me han dicho
que tienes otro amor...—Seré sincero:
¡no eres de eso capaz!—Por lo que infiero
que tu supuesto amor será un capricho,
que pasará... como pasó el primero.

—

Y un estúpido déspota seria
quien pretendiese hacer de tí su esposa
ó vincular tu voluntad un dia...
¡El que te quiera ver siempre dichosa,
déjete en libertad, como yo hacia!

—

Tú eres, mi bien (confiesa que soy justo),
demasiada mujer para un mortal,
y el que tratara de fijar gusto,
dormiria en el lecho de Procusto.—
incómodo á mi ver para nupcial.

—

Por eso no te amé como pedias,
ni tú me quieres ya como pensabas;
y por eso repito, aunque te rias,
que si mañana con *el otro* acabas,
en mí tienes... *al mismo* que tenias.

—

Con que más no te ocurra ya quejarte
de mi tibieza y lentitud de ayer;
pues, si hubiera yo dado en adorarte...
hoy, que vas con la música á otra parte,
me veria...—¡figúrate, mujer!

—

¡Lágrimas de despecho y amargura,
celoso, miserable derramara...

y aun quizás te matase en mi locura!!...
Miéntras que así...—¡bendita sea tu cara!—
me hace gracia tu nueva travesura!

Y necio será el hombre que te aflija
á tí, tan bella, dulce y cariñosa,
y con rostro de juez cuentas te exija...
—¡Tú dar cuentas de amor!... ¡Tú cuentas, hija!...
—No pienses nunca en semejante cosa.

Y adios.—Mil besos á tu faz rosada
y á tus ojos de luz. (Á tu alma... ¡nada!
¡nada á tu corazon!)—Pero si ves
que está *el otro* delante y que se enfada,
dále sólo mis besos á sus piés.

P. A. DE ALARCON.

CUERPOS Y ALMAS.

Escarcha, nieves, lluvias y rocío,
bajando sin parar
del monnte al valle, del arroyo al rio,
se juntan en el mar.
Tornadas en vapor al aire luego
las hace el sol subir;
caen otra vez en abundante riego
y el mar las vuelve á unir.
Así tambien se pasan nuestras vidas,
las penas y el placer;
en el mar de la muerte confundidas
habrán de perecer.
Yertos despojos á la tumba ruedan
y al polvo tornarán;
como las aguas cambian y se quedan;
las almas ¿dónde van?
Terribles dudas que la mente asaltan,
¿quién sin angustia os ve?
¡Ay del que sufre y llora, si le faltan
las alas de la fé!

JUAN M. SANJUAN.

SECRETO DE MUERTE.

De una pena el dolor fiero
á la muerte me condena,
debiendo callar la pena
y disimular que muero.
Y para aumento de enojos
en esta pelea ruda,
ha de estar la lengua muda
y mudos tambien los ojos.
Tanto, que porque no quepa
que amor descubra sus tiros
hasta he de ahogar mis suspiros,
porque el viento no lo sepa.
Debiendo en esta ocasion,
para mayor sufrimiento,
ignorar el pensamiento
lo que sabe el corazon.
Ya, pues, que al mal en que vivo
no hay un remedio que acierte,
déme mi dolor la muerte
y nadie sepa el motivo.

JULIO MONREAL.

PROBLEMA DE AJEDREZ NÚM. 3.

NEGROS.

BLANCOS.

Los blancos salen y dan jaque-mate en dos jugadas.

No habiendo recibido soluciones á los problemas 1.º y 2.º aplazamos los nuestros hasta ver si algun aficionado los resuelve.

TEATROS.

No ha faltado animacion en los teatros durante las últimas noches. Á pesar de que la política preocupa mucho á las gentes y de que por efecto de las circunstancias todos pensamos en hacer economías y en privarnos de los gastos que no son de primera necesidad, no parece que las familias prescinden de las diversiones que ofrecen los teatros, bien porque es justo que el que trabaja durante el dia, busque por la noche en nuestros coliseos algunos ratos de solaz, bien porque los llamativos anuncios que vemos en las esquinas esciten su curiosidad y le hagan quebrantar sus económicos propósitos.

Los que poseen el sentimiento del arte, los que hastiados de las representaciones bufas, buscan en el teatro algo que les haga sentir, algo que sea reflejo del verdadero talento, algo, en fin, que satisfaga á las exigencias del *buen gusto y corresponda al mismo tiempo á* los adelantos del arte dramático, han acudido al modesto teatro de la calle del Barquillo, donde se representa con gran aceptacion la última obra del popular y distinguido poeta don Luis Eguilaz. *Lope de Rueda* es una comedia que ha satisfecho á aquellos, y con razon puede decirse que es una produccion de verdadero mérito. Su autor ha demostrado ya en muchas ocasiones el profundo conocimiento que tiene de los recursos y efectos escénicos. El detenido estudio que ha hecho de nuestros clásicos españoles, unido á su natural ingénio, son elementos que siempre le dejarán airoso en los trabajos dramáticos que emprenda. Ahora bien: ¿qué es la comedia del señor Eguilaz? ¿Cuál es su objeto? ¿y de qué modo ha desarrollado su pensamiento? Esta produccion puede considerarse como una *obra de oportunidad, como un precioso cuadro de costumbres* en que el autor nos presenta fotografiada la época en que floreció el insigne Lope de Rueda. Los personajes que le rodean son otros tantos tipos perfectamente trazados; en ellos vemos las tendencias, los errores, las preocupaciones y hasta el lenguaje de aquella época. No podemos detenernos á referir el argumento de la comedia; seria pálida nuestra narracion y amenguaria el mérito de una comedia que se distingue especialmente por la atmósfera, por el color con que se halla presentada. Es necesario verla para sentirla en todos sus detalles: de otro modo no nos hallamos con fuerzas para hacer en pocas líneas un bosquejo que haga olvidar al lector la época en que vive, trasladándole á aquellos tiempos en que el actor era menospreciado y tenia que sacrificar su estimacion emprendiendo una vida errante y aventurera, á cambio de algunos aplausos y laureles que muchas veces se marchitaban antes que bajara á la tumba el inspirado *comediante* que los conquistara. La comedia *Lope de Rueda* es un trabajo literario apreciabilísimo, que durará como las *Verdades amargas, Alarcon* y *La Cruz del matrimonio*, obras que han otorgado al señor Eguilaz el justo renombre que tiene adquirido entre nuestros poetas contemporáneos.

El Teatro Español continúa siendo muy favorecido, y á él acude tambien una concurrencia ilustrada y que conserva aun aficion á las buenas producciones del ingénio. En la noche del viernes se entrenaron un drama y dos comedias, originales del señor Hurtado. Titúlase el drama *En la sombra;* en él se deja conocer la inspiracion del poeta. Quizás el asunto, el desarrollo y desenlace de la accion, no prometan larga vida á esta obra; pero en cambio los bellísimos versos en que está dialogada, la elevacion de los pensamientos que en ella campean y algunas de sus situaciones, bastan para considerarla como un trabajo discreto y apreciable. La señora Diez luce en su papel de doña Violante las grandes facultades que posee, y en algunos momentos consigue hacer brotar las lágrimas retratando el dolor con toda su cruel amargura.

La nieta del zapatero es una linda comedia, ligera, correcta y chistosa, que se oye desde el principio hasta el fin con la mayor complacencia. En su desempeño mostraron sus talentos la señora Cairon, y los señores Valero, Oltra y Fernandez.

La comedia que tuvo mejor éxito, fué la titulada *Very Well*, que es deliciosísima. El público no puede permanecer impasible al ver los tipos que en ella se presentan, y al escuchar los infinitos chistes y cómicas situaciones que sobresalen en todas las escenas, produciendo la hilaridad más homérica y espansiva. Manuel Catalina caracteriza el tipo de un inglés de una manera inimitable, mereciendo cada noche una ovacion de las más espontáneas y unánimes. Tambien Mariano Fernandez, el incansable y ocurrente actor que goza tantas simpatías en el público, desempeña en esta comedia un papel de criado con tanto acierto y gracia, que nada deja que desear al más exigente y mal humorado.

Para fin de fiesta, represéntase con dichas obras del señor Hurtado, el divertido sainete *El abate Pirracas*, en el que tambien el señor Fernandez olvida sus penas y tiene el don de quitarlas al que escucha sus oportunidades y le ve trabajar con la fé con que siempre se presenta en la escena.

Los demás teatros no nos han ofrecido nada nuevo, aunque preparan con la mayor actividad varias funciones, de las que ya daremos noticias á nuestros apreciables lectores.

E.

LIBROS NUEVOS.

Entre los que han visto la luz en España recientemente, merecen citarse el tomo II de la *Galería biográfica de artistas españoles* que con el mayor esmero é inteligencia ha formado el ilustrado escritor don Manuel Ossorio y Bernard.

La dama de Amboto es una preciosa leyenda vascongada del distinguido escritor señor Manteli. Rico el privilegiado país euskaro en tradiciones, el señor Manteli ha resucitado en una forma bellísima una de las más interesantes.

Un ilustrado escritor navarro, el señor don Pablo Ilarregui, ha publicado un opúsculo acerca del *Orígen y autoridad legal del Fuero de Navarra.* Este trabajo es un verdadero alegato lleno de curiosos y preciosísimos datos.

Entre las obras estranjeras últimamente publicadas, es digno de particular mencion el estudio científico que con el título de *Reseña sobre el Noroeste de América* acaba de dar á luz el venerable obispo de San Bonifacio (Canadá). Esta importante produccion contiene una multitud de observaciones, por demás curiosas é interesantes, acerca de las diferentes especies de caracteres que pueblan aquella parte de la América septentrional.

PLANO DEL CAMPAMENTO DE SAN JOSÉ.

Cumplimos la promesa que hicimos en nuestro número anterior al final de la relacion del ataque y defensa del campamento de San José en Cuba, publicando el plano que anunciamos.

Recordando dicha relacion á presencia del plano, que comprende las esplicaciones necesarias, podrán nuestros lectores enterarse de todos los detalles de una accion que tanta gloria ha conquistado á los voluntarios catalanes.

MAPA ITINERARIO DEL CANAL
DEL ISTMO DE SUEZ.

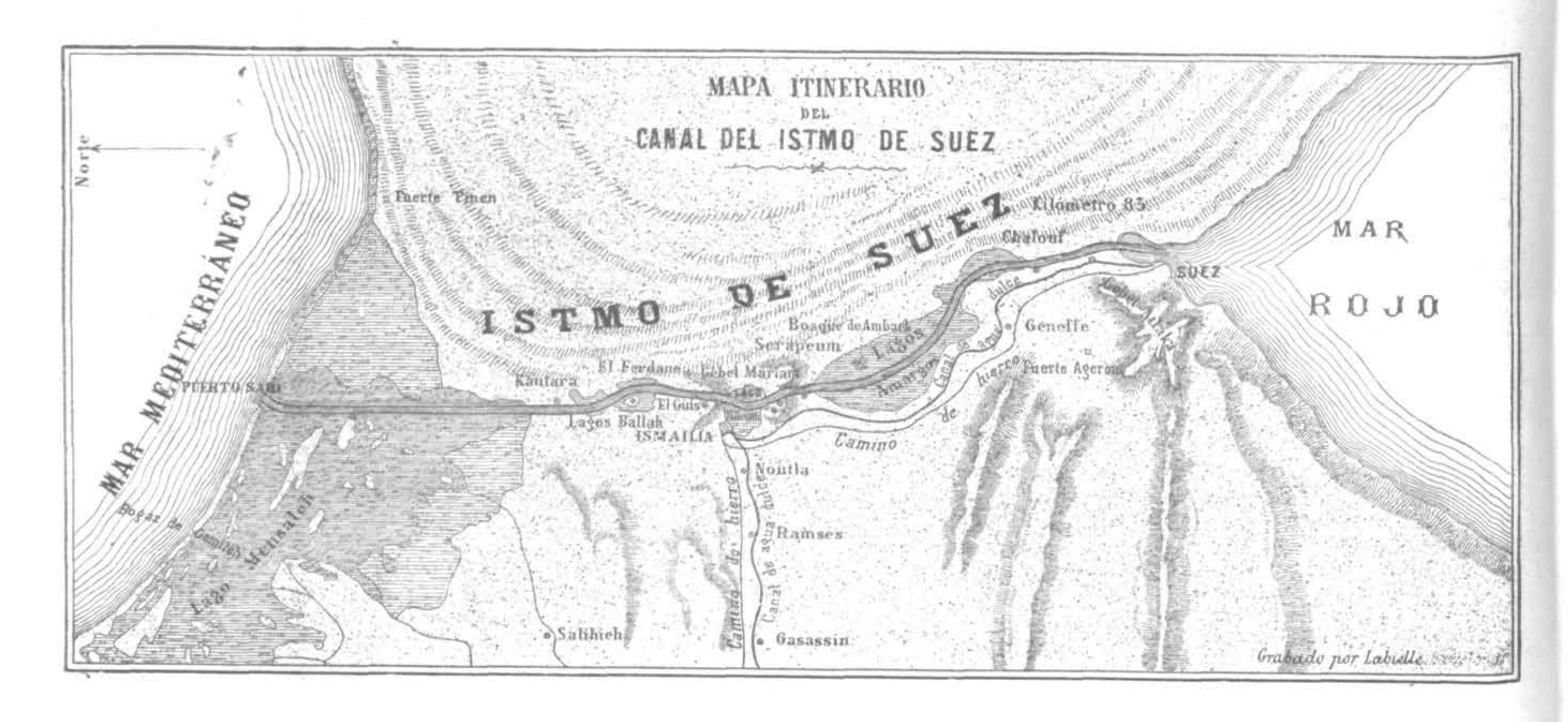
Para esplicar de una manera clara y precisa el mapa que *publicamos* en este número, es necesaria la siguiente descripcion que al remitirnos los dibujos relativos al istmo de Suez nos ha enviado el ilustrado dibujante don Ramon Padró:

«Dirigen, dice, á los trabajos del canal de Suez, terminados al presente, tres vias desde el Cáiro: la 1.ª el camino de hierro que dirige á Suez, y en tal caso la esploracion tiene lugar de Sur á Norte, esto es, de Suez á Puerto-Said: 2.ª por el camino de hierro del Cairo ó Samanoud; de aquí á Mansourah (nombre que recuerda á San Luis) por el canal de dicho nombre; de Mansourah á Damieta por el propio canal, y de Damieta á Puerto-Said por el lago Menzaleh.

Partiendo de Puerto-Said se pasa á Suez, visitando los trabajos de Norte á Sur: 3.ª por el ferro-carril del Cairo á Zagazig, ruinas de la villa faraónica de Bubasty á Zagazig, empieza el canal de agua dulce que atraviesa los dominios de Onadey (Abassieh y Tell-el-kebir, antiguo dominio de la compañía) deja á la izquierda las ruinas de la antigua ciudad faraónica de *Ramsés,* sin duda la misma que construyeron los judíos antes del Exodo de Moisés, puesto que nos hallamos en la *tierra de Gessen*.

Síguese luego por el campamento de *Magfar* (antiguo Oum-Riam de la Biblia) hasta Ismailia, ciudad erigida por la compañía, en el punto de interseccion del canal de agua dulce y el marítimo, al Norte del lago Junsah ó de los Cocodrilos. Su plaza principal lleva el ilustre nombre de Champolion.

El canal de agua dulce representa en todo su trayecto, la direccion del antiguo canal faraónico y ptolemáico del Nilo al mar Rojo.



Esta tercera via, indudablemente la más intesante, conduce á corta diferencia al punto medio del canal considerado en su longitud. Es menester, por consiguiente, para visitar los trabajos, partir de Ismailia y seguir el canal marítimo hasta Suez al Sur; viéndose, entre el lago Junsah y los lagos Amargos, el puente llamado Serapeum al Sur de Toussoum (nombre del hijo del último virey); atraviésanse luego los famosos *lagos amargos*, ordinariamente enjutos, pero que se llenan instantáneamente con las aguas del mar Rojo, al imperio de ciertos vientos.

En el espacio que las separa de este mar, las aguas saladas, segun la tradicion bíblica, engulleron á Faraon al perseguir á Moisés, y poco faltó para que no causasen la pérdida del general Bonaparte en 1798. Antes de llegar á Suez, el canal deja á su izquierda las ruinas de la ciudad ptolemáica de Arsinoe, por donde cruzaba el cauce del canal de los antiguos.

SUEZ.—Nada cabe decirse de este puerto, ya próspero; pero que lo espera todo del porvenir. El canal desemboca al Oeste del antiguo Suez.

Es menester regresar á Ismailia por el canal de agua dulce que pasa al pié de las ruinas de *Clysma*, hasta las canteras de *Chalouf-el-Tarraba*, entre *Gebel-Geneffe* al Oeste y los lagos Amargos; al Este se encuentra Serapeum y se recuerda á *Bir-Abou-Ballah* con la pequeña union de Ismailia al Norte del lago Junsah.

Para visitar la seccion del Norte se parte de Ismailia y se llega dentro de poco (2 kilómetros) al punto más importante: El-Guisir (el Umbral); donde las peñas y las arenas ofrecen no los mayores obstáculos, sino la mayor masa removible, por cuyo motivo el conjunto de los trabajos de El-Guisir y de El-Terdam, ofrece un aspecto realmente imponente. Desde El-Terdam, el canal atraviesa el lago Ballah y llega á la estacion de El-Kantara (el puente), cerca de las ruinas de *Selé;* allí empiezan los trabajos del lago Menzaleh, que han ofrecido las mayores dificultades á causa del cieno que se ha encontrado en diversos puntos. La última estacion antes de Puerto-Said, es la de Ras-el-Ech.

En El-Kantara vése la via de Egipto á Siria, ruta de caravanas tan antigua como el hombre en la tierra. Pasa por Tell-el-Ker, el antiguo *Magdol* de la Biblia y el antiguo *Magdolum* de los itinerarios.

PUERTO-SAID.—El aspecto de este puerto totalmente europeo, es ya muy satisfactorio: en el muelle Eugenia se creeria cualquiera hallarse en uno de los baños marítimos más concurridos.

La ciudad está situada al Oeste del puerto, comunicando con el mar por medio de un canal y un ante-puerto triangular, formado al Sur por el muelle del Este (2,500 millas) y por el muelle del Oeste (1,900 millas). El puerto da acceso al canal por el Sur; divídese en cuatro comportamientos, de los cuales el principal, el de Ismail, engendra las tres restantes, que son de Sur á Norte: el del *cherif*, el *de los talleres* y el *del comercio*. La superficie total del puerto propiamente dicho, es de 52 hectáreas, y la del ante-puerto, de 171 hectáreas.

La longitud del canal es de 160 kilómetros.

Su anchura la de 58 millas al nivel del agua, y su profundidad la de 8 millas.

El primer título de concesion es de noviembre de 1854.

El segundo con los estatutos de 5 de enero de 1855.

Los estatutos preparatorios duraron cinco años.

La compañía quedó constituida en Paris en diciembre de 1858.

El primer golpe de pico, el más difícil, dióse por el emprendedor Hardon en Puerto-Said el dia 25 de abril de 1859.

El canal ha quedado abierto para la navegacion el 17 de noviembre último.

RAMON PADRÓ.

GEROGLÍFICO.



La solucion en el próximo número.

ADVERTENCIA.

Fijas las miradas del mundo católico en el Concilio ecuménico que se celebra en Roma, LA ILUSTRACION no puede menos de llevar su atencion á aquel grandioso acontecimiento, y en el próximo número aparecerán algunos grabados relativos al mismo.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA ILUSTRACION,
calle del Arenal, núm. 16.